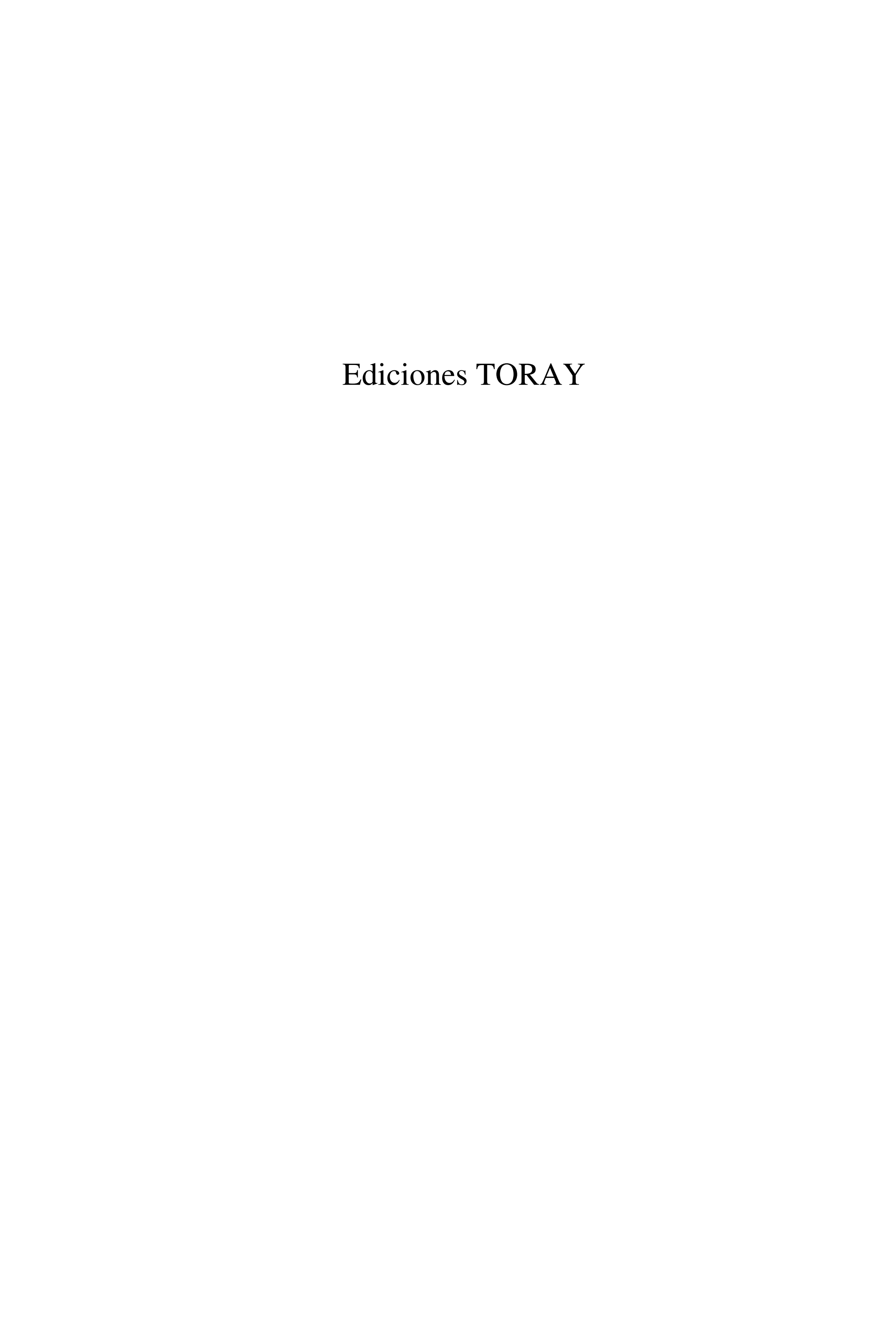

CIENCIA FICCIÓN
LOUIS G. MILK
EDEN II

EDEN II

LOUIS G. MILK

EDÉN II



Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 20.912 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Las olas batían monótonamente la arena de la playa, como habían hecho durante millones de años y como harían millones de años más. En todo cuanto alcanzaba la extensión de la vista, no se divisaba un solo ser viviente.

A cierta distancia de la orilla había una franja de vegetación: árboles y matorrales. El silencio, salvo los ruidos naturales, era absoluto.

Solo se percibía el isócrono batir de las olas y, a veces, el tenue silbido del viento que agitaba las hojas de los árboles. La playa parecía no tener fin en

ambos sentidos.

Las ramas de un arbusto se agitaron de pronto. Unas manos humanas las apartaron a ambos lados y unos ojos escrutaron el panorama.

Agazapado tras el arbusto, Tomás contempló la playa durante unos momentos. No parecía que hubiese ningún peligro en salir a terreno más despejado.

Hacía calor, pero Tomás no había ido a la orilla del mar para bañarse. Sabía dónde encontrar aguas dulces y remansadas... Tomás estaba allí porque había ido a explorar.

Cruzó el arbusto y dio unos cuantos pasos por la hierba, hasta quedar sobre la arena. Era un hombre de buena estatura y fuertes músculos. Tenía el pelo bastante largo y su cara estaba cubierta por una frondosa barba de color castaño.

Tomás hacía tres o cuatro años que no se afeitaba.

¿Eran tres? ¿Cuatro? Para Tomás, era un detalle sin importancia el haber perdido la noción del tiempo. ¡Había perdido tantas cosas!

Su cuerpo, tostado allí donde estaba al descubierto, quedó en actitud de relajamiento durante algunos minutos. De su primitiva indumentaria apenas si quedaban a Tomás algunos harapos.

En realidad, podía haber ido desnudo. ¿Quién le hubiera reprochado aquella aparente falta de decoro?

Miró a derecha e izquierda. Miraba, en realidad, hacia el Norte y el Sur.

Tomás no sabía adonde dirigirse.

Norte, frío. Sur, calor.

Se apoyó en el largo palo, aguzado por uno de sus extremos, que le servía de apoyo y arma al mismo tiempo, ofensiva o defensiva según las circunstancias. En realidad, era más bien ofensiva... la usaba para atacar a las presas que cazaba para poder subsistir.

Pendiente del viejo cinturón de cuero por unas tiras de tejido trenzado que él mismo había fabricado, llevaba el más preciado de sus tesoros: una lente convergente, con la cual encendía el fuego, aprovechando los rayos del Sol.

Por eso pensaba dirigirse hacia el Sur. Las brumas abundaban en el Norte.

Hacía mucho tiempo que Tomás había destrozado sus zapatos. La necesidad le hizo caminar descalzo.

Padeció largos meses, hasta que la planta del pie se le encalleció y dejó de notar las ligeras desigualdades del suelo que podían molestarle. Ahora podía correr con la misma ligereza que si calzase unas zapatillas de atleta.

La brisa marina agitó su frondosa cabellera. Inspiró con fuerza el aire que olía a sales y a yodo.

Podía decirse que acababa de disipar una de sus últimas esperanzas. Ahora sí que estaba convencido de hallarse solo.

Solo, absolutamente solo, en la inmensa redondez del planeta.

Era duro reconocerlo, pero a partir de aquel momento debía ajustar sus circunstancias a la realidad.

Solo, en un planeta en donde pocos años antes habían vivido varios miles de millones de seres humanos.

¿Qué cataclismo había provocado la total extinción de los habitantes de la Tierra?

Todavía no conseguía explicárselo muy bien. Mejor sería decir que no se lo explicaba.

Pero sí sabía una cosa: estaba solo.

Tres —¿o eran cuatro?— años de recorrer a pie el planeta, hora tras hora, día tras día, deteniéndose solamente lo necesario para descansar, para alimentarse y sobrevivir, acababan de llevar a su mente el convencimiento de que era el único superviviente.

Una risa amarga brotó de sus labios. Resultaba paradójico notarse más fuerte y robusto que nunca, con una salud de hierro y una potencia muscular de la que nunca se hubiera creído capaz... y adquirir la convicción de que, salvo accidente, podía vivir un largo período de tiempo.

Setenta, ochenta, tal vez noventa años más. Contaba treinta y cinco... podía rebasar holgadamente el siglo.

Pero viviría solo, porque era el único habitante del planeta.

Allí no tenía nada que hacer, pensó, después de unos minutos de silenciosa meditación. La playa era de pendientes muy suaves y la arena aparecía completamente lisa.

Tomás echó a andar sobre la arena. Casi con terror pensó en la interminable sucesión de días que le esperaban en su horrorosa soledad. ¿Qué debía hacer?

¿Elegir un campamento definitivo o proseguir su continua peregrinación en busca de algún congénere?

De cuando en cuando, hablaba en voz alta, para no perder la costumbre.

Dijo:

—Lo que me sobra es tiempo. Un día encontraré un lugar que me guste, con agua, árboles y caza abundante, y me quedaré allí.

Y entonces fue cuando se detuvo bruscamente, temblando de pies a cabeza como un azogado. Tomás recibió un choque tan fuerte, que creyó se iba a morir.

O a desmayarse, por lo menos.

Pero no le sucedió ninguna de las dos cosas. Se mantuvo en pie.

Reía y lloraba alternativamente, como un poseso. Estaba seguro de que su peregrinación tocaba a su fin.

Porque ahora acababa de ver que no estaba solo en el planeta.

Al menos, si daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

La huella de un pie humano.

* * *

Una ola, más fuerte que las demás, mojó los desnudos pies de Tomás y borró la huella. Pero un poco más allá había otra.

Y otra, y otra y otra.

Corrió unos pasos y se arrodilló junto a una huella que no parecía iba a ser borrada por el mar. Midió su longitud con la mano.

Era un hombre de baja estatura. Pero, ¿qué más daba?

Un ser humano. Tendría compañía, podría hablar con alguien en las largas veladas, invernales, junto al fuego...

Cazarían juntos. Unirían sus conocimientos, se construirían una casa, capturarían animales y los domesticarían, iniciarían, en fin, una nueva civilización.

Había caminado mucho durante el día, pero estaba acostumbrado a andar. Y también correr.

Corrió durante largo rato. Las huellas se repetían monótonamente en la arena. Parecía como si aquel hombre hubiera querido dejar constancia de su paso por la playa.

A veces, desaparecían, borradas per el mar, pero reaparecían un poco más adelante. Tomás corrió dos horas largas, hasta que, de pronto, llegó a la desembocadura de un río.

Sintió desánimo. Las huellas terminaban allí.

No era rigurosamente cierto. Torcían en ángulo recto, adentrándose en la tierra firme. Pero había hierba a pocos pasos y las señales de las pisadas desaparecían por completo.

Tomás recobró bien pronto el ánimo perdido. Era lógico que el hombre no hubiera querido pasar al otro lado del río, para no arriesgarse a una travesía a nado.

Lo más probable era que hubiera seguido andando a lo largo de la orilla norte del río.

Caminó de nuevo, con paso firme y resuelto. El otro hombre acabaría por detenerse en algún sitio. De cuando en cuando, Tomás lanzaba un poderoso grito.

— ¡Eeeehhhh...!

Pero su voz se perdía en la solitaria inmensidad. Nadie contestaba a sus llamadas.

Llegó la noche y continuó caminando sin descanso. Empezaban a dolerle los músculos de las piernas y tenía la garganta irritada de tanto gritar, habituado a guardar silencio casi absoluto durante años, pero le mantenía en pie la voluntad de encontrar al otro habitante del planeta.

Estaba acostumbrado a las tinieblas. Las circunstancias habían dotado a sus ojos de una facultad muy semejante a la nictalopía. Podía distinguir cosas durante la noche, con gran claridad de detalles.

Era consecuencia de su continua vida al aire libre. Además se le había desarrollado extraordinariamente el sentido del olfato.

Podía ventear la presencia de un animal de regular tamaño a cierta distancia. En los últimos tiempos, el olfato le había salvado de más de un serio contratiempo.

Pero, pese a su fortaleza, el cansancio acabó por rendirle. Tomás pensó que un par de horas de reposo le harían recobrar las energías perdidas. El otro no podía haber ido muy lejos.

Y aunque fuera así, buscaría un lugar elevado y encendería un gran fuego.

Haría que la hoguera desprendiese mucho humo. ¿Qué mejor señal que una altísima humareda para llamar la atención del otro y decirle que no se hallaba en un mundo «totalmente» desierto?

Se tendió en el suelo, con el palo al alcance de la mano. Miró las estrellas unos instantes.

Sonrió ligeramente. El conocimiento de que su soledad estaba a punto de terminar, le había devuelto el optimismo.

Cerró los ojos. Segundos después, dormía como un tronco.

Algo le despertó súbitamente, pasado un tiempo cuya duración no podía precisar.

Al abrir los ojos vio que estaba amaneciendo. El grito se repitió.

Tomás se puso en pie de un salto. El otro estaba cerca, en peligro...

Pero no era otro. Era «otra».

Una mujer.

Capítulo II

La mujer gritó de nuevo. Tomás cálculo que no estaría a más de cincuenta o sesenta metros de distancia.

Al mismo tiempo, Tomás oyó un rugido. En tiempos, se dijo, no había fieras por aquellas latitudes.

Pero eso era antes de que desapareciesen los habitantes de la Tierra. Ahora, pensó mientras corría velozmente, los leones, sin su peor enemigo, el hombre, se habrían reproducido y extendido por las zonas templadas, como sucedía miles de años antes.

Apartó un matorral y entonces la vio.

Ella estaba con la espalda apoyada en un árbol, mirando con ojos desorbitados al enorme león de melena negra, que agitaba suavemente la cola, indicio evidente de que se disponía a atacar.

Tomás pensó que lo más seguro era que el león no tuviese hambre, lo cual le hubiese hecho saltar sobre su presa instantáneamente. Pero los gritos de la mujer, sorprendida por aquel encuentro inesperado, habían irritado a la fiera.

Como fuese, tenía que hacer un imposible para salvarla. Sopesó el palo de punta aguzada.

Había adquirido cierta práctica en su lanzamiento, para cazar presas con las cuales alimentarse. Pero ahora la cosa era distinta.

Tenía que acertar a la primera, no podía fallar.

O la mujer moriría. Y tal vez él también, a continuación.

Inspiró profundamente, a la vez que elevaba el palo sobre su cabeza. Echó el brazo hacia atrás y luego lanzó el palo con todas sus fuerzas.

El primitivo venablo partió silbando hacia su blanco. Era un arma relativamente pesada, lo que confería una gran inercia de movimiento. Además, medía casi dos metros, y tenía él grosor de la muñeca de un hombre.

El venablo penetró profundamente por el costado izquierdo del felino, atravesó los pulmones y llegó al corazón. La vitalidad del león le hizo revolcarse unos momentos por el suelo, mientras intentaba inútilmente arrancarse el palo que lo mataba, y rugía atronadoramente, pero de súbito, las fuerzas le fallaron y quedó inmóvil.

Tomás salió a terreno descubierto. Él y la mujer se miraron en silencio durante unos momentos.

Ahora comprendía Tomás la pequeñez de las huellas, lo que había motivado su confusión al verlas en la arena. ¿Cómo no se le había ocurrido que las pisadas podían ser de una mujer?

Ella era alta, esbelta, de miembros flexibles, cabellos oscuros, sueltos, ojos glaucos y piel dorada. Vestía una especie de mono de suave tejido que, al igual que las ropas de Tomás, aparecía roto por muchos sitios.

Tomás avanzó hacia la joven. Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Hola —dijo Tomás.

—Hola —contestó la joven, aunque con cierta dificultad.

—Me llamo Tomás —se presentó él.

—Yo soy Vega 7 N 40-40 —dijo la muchacha.

Tomás parpadeó.

— ¿7 N 40-40... es un apellido? —preguntó.

—Sí. ¿Cuál es el suyo?

—Serendyll... pero no uso cifras como apellido.

—Entre nosotros esa es la costumbre —manifestó Vega

— ¿Nosotros? ¿De dónde es usted? ¿Acaso no es terrestre?

—Pues claro que sí. Pero esas cifras que he mencionado sirven tanto como apellido y como señal de identificación.

Tomás creía estar soñando.

—Jamás oí de ninguna nación terrestre cuyos habitantes usaran un conjunto de letras y cifras como apellidos —manifestó—. Nosotros lo empleamos... lo empleábamos en nuestras tarjetas personales de identidad, pero nunca como apellido.

—Deben de ser costumbres distintas —dijo Vega—. Por favor, permítame que le dé las gracias. Me ha salvado la vida.

Tomás meneó la cabeza.

—Tenía que hacerlo —contestó, mirando al león—. Estoy solo desde hace tres o cuatro años...

—Lo mismo me pasa a mí —declaró Vega—, aunque no llevo tanto tiempo sola. Un par de años, calculo...

— ¡Imposible! Todos murieron en la gran catástrofe que se abatió sobre el planeta... y esas muertes fueron casi simultáneas. ¿O es que se salvaron algunos con usted y luego se quedó sola?

—No entiendo —dijo Vega—. Yo he estado sola desde el principio... bien, desde hace dos años. Antes, naturalmente, vivía con otros muchos, pero no creo que estén muertos.

— ¿Dónde están, pues? —preguntó Tomás ansiosamente.

Vega calló un instante.

Luego dijo:

—Por favor, procuremos entendernos, Tomás... ¿Le importa que le llame así?

—Desde luego, Vega.

—Usted dice que está solo hace unos tres o cuatro años y que murieron todos los habitantes de la Tierra menos usted.

—Así es, aunque quizá hayan quedado supervivientes. Pero no he sabido encontrarlos hasta ahora, salvo a usted.

—De modo que murieron todos —dijo Vega pensativamente.

—Sí. Bueno, eso es lo que supongo. Pero es una suposición muy próxima a la certeza —matizó él.

— ¿Por qué lo dice?

—Se anunciaba una invasión extraterrena. Los seres que iban a invadirnos, se suponía, eran infinitamente más poderosos que nosotros. Nos derrotaron, sencillamente.

—Y les exterminaron.

Tomás sonrió.

—Cuando solo quedan dos seres vivos de una población de varios millares de millones, bien puede hablarse de exterminio —contestó.

Vega hizo un ligero movimiento de cabeza.

—En su caso, puede que sea cierto —declaró—. El mío es un poco distinto.

— ¿Por qué? —inquirió Tomás, extrañado.

—Porque yo, aun siendo terrestre, no vivo en esta época. Estoy viviendo en «mi» antigüedad.

Tomás abrió la boca.

—Eso significa... que usted procede del futuro —dijo, pasmado.

Vega lo confirmó con la voz y el gesto:

—Efectivamente, así es. Mi época está situada en el futuro, a unos doce mil años, en cifras redondas —respondió.

* * *

En silencio, Tomás se pasó la mano por la frente.

Reflexionaba.

Vega venía del futuro. Ello explicaba sus dificultades en la construcción de las frases. En doce mil años, el lenguaje habría sufrido profundas modificaciones, pero ella, viajera en el tiempo, habría aprendido el idioma que se hablaba en «su» antigüedad.

— ¿No me cree? —preguntó Vega, extrañada del silencio que guardaba su oponente.

—Sí, desde luego. La creo a pies juntillas —repuso Tomás—. Pero usted no viajó así, como está ahora.

—Por supuesto —admitió Vega—. Sin embargo, no he podido no solo ya recobrar, sino ni siquiera encontrar mi máquina de traslación temporal.

— ¿Por qué, Vega?

Ella dejó caer las manos a lo largo de los costados.

—Eso es lo que yo quisiera saber, Tomás —respondió.

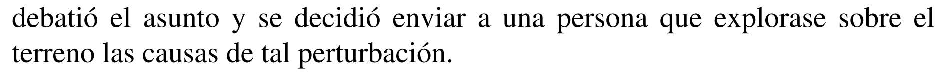
El hombre reflexionó unos instantes.

—Vega, por favor, ¿le importaría decirme por qué viajó usted en el tiempo hacia atrás, es decir, hacia su antigüedad?

—No, en absoluto. Nuestros cronomóviles no tripulados exploraron nuestro pasado y averiguaron que se iba a producir una singular perturbación que iba a causar la extinción de la raza humana.

— ¿Y...?

—En nuestra época, hay un gobierno común para todo el planeta. Se


debatió el asunto y se decidió enviar a una persona que explorase sobre el terreno las causas de tal perturbación.

—La china le tocó a usted —dijo Tomás,

— ¿Cómo?

—Perdón. Quise decir que le correspondió a usted el viajecito.

—Sí. Las máquinas me seleccionaron a mí.

—Y retrocedió en el tiempo doce mil años. ¿Qué le pasó después?

—Salí del cronomóvil y empecé a explorar los alrededores. Todo estaba desierto. Un día me alejé demasiado. Ya no encontré más la máquina.

— ¿No dejó indicaciones del camino que seguía?

—Por supuesto, pero no sé qué pasó. Ya no supe encontrarlas.

—Al menos —dijo Tomás—, conocerá la zona aproximada donde se encuentra su cronomóvil.

—Sí eso es cierto.

—Si no le importa, Vega, me gustaría ayudarla a encontrar el artefacto.

Ella sonrió.

—Acepto con mucho gusto, Tomás —contestó.

Tomás se acercó al león, puso el pie en el flanco y arrancó el venablo, que luego limpió en las melenas del felino.

—Cuando se encuentre con una fiera, no se asuste, no grite —aconsejó—. Lo más probable es que no la ataque, a menos que tenga mucha hambre. Pero ahora los leones y otras fieras tienen presas en abundancia y no necesitan alimentarse con seres humanos.

—Lo siento; me asusté muchísimo —confesó Vega.

—Ya no hay por qué preocuparse por ello —sonrió Tomás—. ¿Tiene hambre?

—Un poco —admitió ella, ruborizándose.

—Pronto encontraremos algún venado. Encenderemos fuego...

— ¿Usted es capaz de encender fuego?

Tomás se tocó la lente que pendía de su cinturón.

—Sí. Todavía me gusta la carne asada —respondió.

—Yo me he alimentado casi exclusivamente de frutas. Algunas veces, por necesidad de proteínas, he comido carne cruda...

—Eso se ha acabado ya. Y encontraremos su cronomóvil, Vega. Perdone que se lo diga, pero dentro de doce mil años deben de estar ustedes demasiado civilizados.

—Algo hay de eso —contestó la joven—. ¿Ustedes no conocían las máquinas de traslación temporal?

Tomás rio suavemente.

—Es curioso —dijo—. Yo estaba trabajando en un artilugio de esos cuando se produjo la invasión.

— ¿De veras? Entonces, en su época, debían de estar ustedes también bastante adelantados. ¿En qué año vivía usted, Tomás?

—En el dos mil noventa y cuatro. ¿Y usted?

—Catorce mil seiscientos veintisiete. Yo había nacido en el catorce mil seiscientos tres.

«Veinticuatro años físicos», pensó Tomás.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó Vega—. ¿Vio usted a alguno de los invasores? ¿Cómo eran, Tomás?

—Bueno, yo estaba trabajando muy afanosamente en el cronomóvil. En realidad, era ayudante del inventor, pero creo que ya lo estábamos terminando. Mientras trabajaba, escuchaba la radio, que daba noticias sobre la próxima invasión. De pronto, escuché una tremenda explosión y...

— ¿Qué, Tomás?

—Cuando desperté, ya se había consumado la catástrofe —dijo él sombríamente.

Capítulo III

Tomás esperó a que la leña se hubiera convertido en brasas. Entonces colocó la carne a corta distancia, sobre un improvisado asador hecho con ramas verdes.

Un venado descuartizado, pendía de las ramas de un árbol cercano. Vega estaba bañándose en un arroyo cercano.

La joven vino minutos después. Un olor delicioso a carne asada invadía el ambiente.

—Debe de estar sabrosísima —dijo sonriendo.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que hace dos años que no la prueba.

—No la he probado nunca, Tomás.

Él la miró sorprendido.

—Entonces, ¿qué comen ustedes? —inquirió.

—Oh, alimentos especialmente preparados y ya cocinados. No hay más que quitar la envoltura...

—Ah, vamos, conservas,

—Sí, eso es.

—Pero las conservas no pueden sustituir nunca a los alimentos naturales.

—Tienen todas las propiedades de estos. Nuestro régimen dietético no es defectuoso en modo alguno. Y los alimentos son todos de fácil digestión.

—Lo cual evita las úlceras del estómago —comentó él con sorna, mientras daba vueltas a la carne—. ¿Es muy grande la ciudad donde vive usted?

—No hay concentraciones urbanas excesivamente grandes —contestó

Vega—. Se ha procurado evitar el agobio, la incomodidad y los defectos higiénicos que se producirían indefectiblemente si se aglomerasen demasiadas personas en un área relativamente reducida.

—En lo cual, sin duda, han demostrado más inteligencia que nosotros —dijo Tomás, pensando en las monstruosas megápolis que, en ocasiones, concentraban a cientos de millones de seres humanos.

— ¿Eran muy grandes sus ciudades?

—Sí. Cada vez había menos campo... Bueno, es una exageración, pero no cabe duda de que en algunos sitios resultaba horrible vivir. Vega, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, Tomás.

—El nombre... es un tanto extraño. No recuerdo haberlo oído casi en ninguna persona.

—Mis padres proceden de un planeta situado en el sistema solar de Vega. Por ello me pusieron el nombre.

Tomás silbó.

—En su época, ¿ya se viajaba a las estrellas?

—Sí, hace miles de años... Bueno, se viajará dentro de miles de años —rectificó la joven.

—Eso debe de explicar quizá la holgura con que viven ustedes.

—Desde luego. En mi época hemos colonizado ya muchos planetas de sistemas solares situados a cientos de años luz. La emigración ha sido constante sobre todo, una vez que el viaje a las estrellas se hizo fácil y sin complicaciones, lo cual ha evitado un problema de superpoblación.

—Lástima. En mi época, todavía no hemos conseguido... habíamos conseguido, mejor dicho, pasar de los límites del sistema solar.

—Es cuestión de tiempo —dijo Vega.

— ¿Tiempo? ¿Cómo, si ya no queda nadie con vida, salvo yo? En estos años, tendría que haber encontrado algún superviviente, Vega; y solo la he hallado a usted, que ha retrocedido doce mil años en el tiempo.

Tomás volteó la carne de nuevo. Luego dijo:

—Así que la enviaron a usted como exploradora.

—Sí, Tomás.

—Bueno; pero ¿qué clase de perturbación se iba a producir? La Tierra, en su época, está poblada de nuevo, de modo que no hay motivos para temer la extinción de la raza humana.

—Eso es algo que nuestros científicos no han conseguido averiguar nunca. Lo más que consiguieron fueron los informes de los cronomóviles exploradores no tripulados... y encontraron el planeta desierto.

Tomás sacudió la cabeza.

—Pues si la hubieran enviado a usted a doce mil cuatro años en el pasado, en lugar de solo a doce mil, hubiera encontrado más personas que hormigas, que ya es decir. Vega, prepárese a chuparse los dedos.

La carne ya estaba asada. Tomás la colocó sobre unas piedras planas, bien

limpias, que había preparado de antemano, y luego la espolvoreó con un poco de sal que guardaba en una bolsita.

—Sople un poco y coma despacio — aconsejó sonriendo.

Vega puso los ojos en blanco después del primer bocado.

—Cuando vuelva a mi época, me convertiré en una acérrima propagandista de la carne asada —exclamó.

—Suponiendo que queden animales para entonces —dijo Tomás.

—Oh, ya los hay. Lo que sucede es que su carne se prepara en enormes fábricas...

Tomás hizo un gesto de repugnancia.

—Carne en conserva —gruñó—. No digo que sea mala cuando no hay otra, pero a diario...

—Lo malo es que no me lo permitirán —suspiró Vega—... Las leyes son muy rígidas a este respecto.

—Bueno, no hay ley que no se burle si uno no quiere.

—En nuestra época no sucede eso, Tomás —dijo ella severamente.

—Cuestión de educación, supongo.

—Sí, eso es. Tomás, ¿qué clase de armas empleaban los invasores?

El hombre hizo un gesto ambiguo.

— ¡Qué sé yo! —contestó—. Debían de ser armas terriblemente poderosas. La humanidad se volatilizó... y hasta las ciudades desaparecieron. Debieron de barrer con sus armas todo lo construido por la mano del hombre. Lo único que respetaron fueron los animales.

—Tal vez los necesitaban para comer —apuntó Vega.

—Es probable. Pero el caso es que yo no me he tropezado todavía con un invasor.

— ¿Dónde estaba usted cuando se produjo el ataque?

—Ya se lo he dicho, en el laboratorio de mi jefe, el profesor Velázquez.

—Y lo bombardearon.

—Supongo. Oí un ruido muy fuerte y me desvanecí.

— ¿Qué pasó cuando despertó usted?

—Bueno, me costó un buen rato volver a la normalidad. Luego me di cuenta de que había desaparecido todo lo que me rodeaba. Acaso la explosión me tuvo varios días sin conocimiento. Estaba bastante débil, la verdad.

— ¿Y después?

—Empecé a buscar... y tardé tres o cuatro años en encontrarla a usted.

— ¿A mí, precisamente? —preguntó Vega, sonriendo.

—A un superviviente de la catástrofe, pero resultó que venía de doce mil años en el futuro.

—Ha sido un encuentro afortunado, en efecto.

—Oiga, Vega —dijo Tomás—, usted lleva ya dos años perdida.

—Sí, cierto.

— ¿No la echarán de menos?

—Me lo imagino.

—En ese caso, ¿por qué no envían una expedición a buscarla?

Ella se puso triste.

—Lo ignoro, Tomás —contestó.

Tomás meneó la cabeza.

— ¡Qué gente con más pocos sentimientos! —dijo—. En mi época no hubiera sucedido eso, créame. Si el cronomóvil se hubiese inventado a finales del siglo XXI y un «crononauta» se hubiera perdido en el tiempo, habrían hecho todos los posibles por rescatarlo.

—Épocas distintas producen mentalidades distintas, Tomás —manifestó la muchacha sentenciosamente—. Además, ya le digo que no he podido encontrar el cronomóvil. Si lo encontrase, tal vez podría enviar una señal espaciotemporal para que vinieran a rescatarme.

—Lo encontraremos y enviaremos esa señal —afirmó él—. Antes dijo que más o menos conoce el lugar donde aterrizó.

—Sí, aunque aterrizar no es la palabra exacta. El cronomóvil se mueve solamente en el tiempo, no en el espacio.

—Entiendo, aunque estimo que eso es cosa que importa poco ahora. Bueno, dígame, ¿qué le ha parecido la carne asada?

Vega lanzó un gozoso suspiro.

—Jamás había probado nada igual. Nunca me había quedado tan llena, Tomás, se lo aseguro.

—Ahora podrá comer toda la que quiera —sonrió él—. Y no tema a perder la línea; con esta vida semisalvaje, conservará su esbeltez aunque no quiera.

Vega se ruborizó ligeramente.

—No diga eso, Tomás —pidió.

—Lo siento. No quise molestarla —se excusó él—. Tiéndase a descansar un poco; conviene después de una buena comida. Más tarde, emprenderemos la marcha.

—Como diga, Tomás.

* * *

Pasado el mediodía, reanudaron el camino.

El suelo era muy abundante en vegetación. Había ríos y arroyos en abundancia. Muy a lo lejos, se divisaba una cadena montañosa, cuyas cimas destellaban al sol.

De cuando en cuando, se cruzaban con animales, incluso de los considerados como fieras salvajes. Pero si se quedaban quietos, los leones y otros felinos pasaban por su lado sin molestarles.

—Esto parece el Paraíso —murmuró Tomás en cierta ocasión.

— ¿Cómo?

—No, nada; era un comentario sin importancia.

El Paraíso, pensó él. Un hombre y una mujer en un Edén... con animales de todas clases, que no atacaban a otros seres vivientes, sino era por el mero instinto de supervivencia.

El león había intentado atacar a Vega, pero no porque tuviese hambre, sino porque había tomado los gritos de la joven por signos ofensivos. En realidad, lo que iba a hacer el león era defenderse... atacando.

Un hombre y una mujer solos en un lugar idílico. Árboles cargados de fruto, ríos abundantes en peces, animales que daban carne para su sustento... Sí, el Paraíso.

Pero, ¿no acabarían siendo expulsados también, como había sucedido con la primera pareja humana?

Sacudió la cabeza. Era mejor no pensar en ello.

Ellos pertenecían a épocas distintas, pero civilizadas. Vega encontraría su máquina de viajar por el tiempo y regresaría a su época.

Y él se quedaría solo nuevamente.

Vega pareció adivinar sus pensamientos.

—Tomás, si encontramos mi cronomóvil, se vendrá conmigo —dijo.

Él la miró sorprendido.

— ¿Querrán admitirme en su época? —preguntó.

— ¿Por qué no? Somos lo bastante comprensivos como para no abandonar a un náufrago en una era temporal desierta.

—Me gustará conocer su mundo —dijo él soñadoramente—. Debe de ser algo maravilloso.

—A mí me gusta —dijo ella simplemente.

Tomás respiró aliviado. Quizá tardasen todavía algún tiempo en encontrar el cronomóvil, pero la perspectiva de una vida completamente solitaria en el planeta había pasado para él.

Al llegar la noche, buscaron un lugar adecuado para acampar. Tomás había llevado algo de carne consigo, asada y ya fría, con lo que llenaron los estómagos.

Luego se tendieron a dormir. La noche transcurrió sin incidentes.

Al amanecer, se levantaron y prosiguieron su camino, tras hacer las abluciones en un arroyo cercano.

—Luego pescaré algo para la comida —dijo él—. Siempre lo hago cuando hay sol. Es la única forma de poder encender fuego.

— ¿Y cuando llueve?

Tomás se encogió de hombros.

—Estoy habituado ya a las incomodidades —respondió.

—Tomás —dijo Vega—, voy a hacerle una sugerencia.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—Verá, no sabemos cuánto tardaremos en encontrar el cronomóvil. ¿No le parece que debiéramos establecer un campamento fijo?

—La idea no es mala, pero ese campamento fijo nos ligaría demasiado.

—Lo sé. Sin embargo, podríamos realizar excursiones de una o dos semanas y luego regresar para descansar y construirnos armas y herramientas. Modestia aparte, soy muy mañosa.

Tomás sonrió.

—Estudiaremos el problema después de la primera etapa de exploración —dijo.

—Sí, un campamento fijo, con fuego constantemente alimentado, daría buen resultado. Una buena cueva sería lo ideal, Tomás.

—Hay piedras. Se pueden afilar para construir instrumentos cortantes. Y también un arco y flechas para cazar. Hasta ahora, me he conformado con este palo, pero ya es hora de que me procure un arma más manejable. Tendré que aprender a curtir pieles, emplear tendones para las cuerdas de los arcos, buscar puntas de sílex o pedernal para las flechas...

El súbito crujido de unos ramajes próximos interrumpió a Tomás.

Extendió la mano.

—Cuidado, hay algún animal de gran tamaño cerca. Si no se les ataca, no molestan, pero lo mejor es no irritarlos.

El matorral que crujía era grande y estaba a pocos pasos de distancia. Con el venablo en la mano, Tomás se acercó y separó un poco las ramas.

Vega estaba a su lado. Tomás, casi sin respiración, dijo en voz baja:

—Creo... creo que estoy viendo por primera vez a uno de los invasores del planeta.

Capítulo IV

El hombre —¿era un hombre?— no parecía haberse percatado de la presencia de la pareja a corta distancia.

Era un sujeto de elevada estatura, algo más de dos metros, calculó Tomás. Tenía la piel de un extraño color azafranado y su cráneo carecía de pelo. Era imposible apreciar el color de sus ojos, debido a las gafas de desusado tamaño que los cubrían y que casi parecían de submarinista. Los pabellones auriculares eran de un tamaño insignificante, una cuarta parte de lo normal. Por lo más, la nariz y la boca poseían un aspecto casi corriente.

El ser vestía una rara indumentaria de color azul vivo, con mangas holgadas, cinturón muy ancho y brillante, de color negro, y pantalones también azules, ajustados a las piernas. Estaba calzado con unas finas botas de color rojo oscuro, que le llegaban a la mitad de la pantorrilla.

El cinturón tenía unos cuantos círculos, que a Tomás le parecieron algo así como esferas indicadoras de unos instrumentos que le resultaban completamente desconocidos. Pero no podía comprender su objeto.

Al otro lado de los arbustos, había una llanura cubierta de hierba. Tomás divisó parado en ella un artefacto que calculó podría volar si su piloto lo deseaba.

Era una esfera, sustentada por tres patas. En su ecuador tenía varios orificios circulares que brillaban. Debía de ser el cristal de las lucernas, pensó Tomás.

La esfera mediría unos cuatro metros de diámetro. Su escotilla estaba abierta. En la parte superior tenía una antena de un metro de largo, rematada por una rejilla plana, rectangular, que giraba continuamente, dando una vuelta en cinco segundos, aproximadamente.

El invasor estaba realizando una singular tarea. Se inclinaba y arrancaba del suelo algunas hierbas, que luego depositaba en un saquete que tenía en la mano izquierda. Tomás observó, con un escalofrío de temor, que aquellas manos poseían ocho dedos, dos de los cuales eran pulgares.

«Son manos que harían las delicias de un maniático estrangulados, pensó, recordando viejas lecturas policíacas.

Pero a fin de cuentas y salvando ciertas diferencias morfológicas, era un ser humano.

Tomás entendió que debía entablar relaciones con él. El hecho de que fuese un invasor, autor, con miles de otros congéneres, de la exterminación de los terrestres, no debía representar obstáculo para sus propósitos.

Había que ser práctico, se dijo. Su animadversión hacia los invasores no resucitaría a los miles de millones de personas muertas.

Atravesó el matorral y se plantó ante el extraño.

—Hola —dijo sonriendo, a la vez que alzaba la mano izquierda, con la palma hacia afuera.

El invasor continuó recogiendo hierbas.

Tomás elevó un poco el tono de su voz.

— ¡He dicho... hola!

El otro no dio señales de haberle oído.

— ¿Será sordo? — murmuró.

—Pruebe a ponerse frente a él —sugirió Vega.

Tomás dio un pequeño rodeo y se situó frente al invasor.

—Hola —repitió por tercera vez.

Entonces, el otro le vio.

Tomás apreció la negrura del cristal de sus gafas. ¿Padecía ogtofobia?

— ¡Cuidado! —gritó Vega.

El instinto hizo que Tomás se lanzase a un lado, justo cuando un rayo de luz vivísima brotaba del centro del cinturón.

La hierba ardió tras él. El rayo de luz desapareció, pero el extraño giró un poco para situarse frente al terrestre.

Tomás no se lo pensó por segunda vez. Ancestrales sentimientos surgieron en él, como había ocurrido con sus antepasados en épocas pretéritas. En modo alguno estaba dispuesto a dejarse tostar.

El venablo partió disparado como una centella. Penetró profundamente en el centro del pecho de aquel individuo y la punta, roja de sangre, asomó por la espalda.

El hombre de piel azafranada emitió un grito ronco y cayó al suelo. Se movió solamente un poco; enseguida se quedó quieto.

Tomás volvió la vista hacia Vega. La muchacha parecía próxima a desmayarse.

—Lo siento —dijo él—. Yo traté de ser amistoso...

Ella asintió. Volvió la cabeza.

—Es... es la primera vez que veo una muerte violenta... —tartamudeó.

—También yo estoy en el mismo caso, no se crea que en mi época me pasaba la vida matando a la gente. Pero mire lo que ha hecho ese tipo con su maldito cinturón lanzarrayos.

La descarga había quemado la hierba en un círculo de unos diez o doce centímetros.

Tomás se estremeció.

—Si me alcanza, me fríe —masculló.

Hizo un esfuerzo y se inclinó sobre el caído, quitándole las gafas.

Los ojos del individuo eran circulares, como de pez, y de pupilas casi blancas. Tomás miró a través de las gafas, pero no consiguió ver nada.

—Sus ojos deben de captar longitud de onda luminosa distinta —calculó —. Es raro, porque respiran la misma atmósfera que nosotros. Y sus orejas...

Tan pequeñas, pensó. ¿Por qué?

Quizá sus tímpanos no eran afectados por las ondas sonoras normales y solo captaban los ultrasonidos. Era una cuestión secundaria en aquellos momentos.

Era una lástima, en cierto modo. Había matado a un naturalista, un botánico llegado a la Tierra de quién sabía qué remoto rincón de la Galaxia.

Pero aquel naturalista había demostrado evidentes intenciones belicosas. Tomás lamentaba el incidente, pero no sentía remordimientos.

Había defendido su vida, simplemente.

Estuvo a punto de vomitar cuando sacó el venablo del cuerpo del extraño, pero no se sentía con fuerzas para usar el cinturón, cuyo uso desconocía en absoluto. Por el momento, prefería el venablo... además de la vista, el oído y el olfato, armas naturales nada desdeñables.

—Vega —llamó.

—Diga, Tomás.

—Convendría explorar el interior de la nave.

—Sí, Tomás.

Vega dio un pequeño rodeo para no pasar demasiado cerca del cadáver. Tomás meneó la cabeza.

—Siento que haya ocurrido esto —dijo—. Usted pudo ver que trataba de ser su amigo.

—Es cierto —admitió ella.

—Pero, ¿qué se podía esperar de unos tipos que destruyeron toda la vida humana en la Tierra? —dijo él rabiosamente.

—En cierto modo, Tomás, lo malo no es que haya matado a ese individuo. Lo malo es que no estará solo.

El joven se estremeció.

—Es cierto —murmuró.

La antena continuaba girando en la cúspide de la esfera. De pronto, vieron que emitía unos rayos luminosos que zigzagueaban velozmente.

— ¿Qué sucede, Tomás? —gritó Vega, alarmada.

Los rayos eran cada vez más largos. En un principio, se dirigían a lo alto, pero pronto tomaron una dirección horizontal.

Alcanzaban a gran distancia. Las hojas de los árboles ardían instantáneamente apenas eran tocadas por aquellos rayos.

Tomás adivinó lo que iba a suceder.

—Vega, tenemos que correr precisamente hacia la nave —exclamó, agarrándola de la mano.

Los rayos empezaron a descender. Tomás vio que salían con una trayectoria completamente perpendicular a la rejilla.

Esto le dio una idea. No tendrían tiempo de llegar a la nave, sin ser alcanzados por una de aquellas ardientes descargas.

— ¡Al suelo, Vega! —gritó de súbito.

La muchacha obedeció en el acto. Medio segundo después, la descarga pasaba sobre ellos, a un metro del suelo.

— ¡Arriba ahora!

Se levantaron. Tenían cuatro segundos de tiempo, contando uno para echarse al suelo.

Pero llegaron a la nave. La esfera les protegía de las descargas, que abrasaban el suelo a pocos metros de distancia, con la inclinación máxima que permitía el abombamiento natural del artefacto.

Tomás se pasó el brazo por la frente.

—De momento, estamos a salvo —dijo, viendo que la hierba ardía en

torno a ellos.

—Pero no podremos continuar aquí eternamente —alegó la joven.

—Ya encontraremos una solución. Lo que no me explico es cómo nos han atacado.

—Tal vez él llamó a sus compañeros... o la descarga que nos lanzó fue registrada en algún control central —apuntó Vega.

—Quizá, pero eso no me importa demasiado. ¿Le parece que entremos a ver qué hay aquí adentro?

—Está bien.

Tomás abrigaba la esperanza de que perteneciendo Vega a una civilización avanzadísima, conociese el manejo de la nave. Se acercó a la escotilla y asomó la cabeza.

Una escalera de tres peldaños conducía a una plataforma interior, en la que pudo ver dos asientos de tamaño respetable, situados frente a un rarísimo tablero de mandos, en el cual oscilaban algunas lámparas de colores muy oscuros. Tomás se acercó al tablero y lo examinó atentamente.

—Vega, ¿se siente capaz de manejar este trasto? —preguntó.

Ella meneó la cabeza.

—En absoluto, Tomás —respondió—. Es la primera vez que veo un aparato semejante... y conste que he visto astronaves de muchas clases.

Tomás se acarició pensativamente la mandíbula.

—Por ahora estamos a salvo —dijo—. Pero no me agrada la perspectiva de permanecer siempre en un cacharro cuyo manejo desconozco.

—Además, acabarán por venir.

Sin mencionar a nadie. Vega expresaba el mismo pensamiento que había concebido Tomás. Los compañeros del extraño muerto acudirían cuando notasen su falta... si no la conocían ya.

De súbito, un disco se iluminó delante de ellos.

Era un vidrio translúcido y tenía como unos setenta centímetros de diámetro. Una luz extraña, de tonos perlinos, oscilaba en su interior.

Tomás y Vega se alarmaron en el primer momento. Un rostro humano apareció de pronto en el disco.

—Vaya —resopló Tomás—. Es una pantalla de televisión.

El hombre hablaba algo que ninguno de los dos jóvenes entendía, más que nada, porque no lograban captar los sonidos que brotaban de su boca. El extraño parecía bastante enojado.

— ¿Nos estarán viendo? —preguntó Vega aprensivamente.

—No me extrañaría en absoluto. Lo malo es que no sé encontrar el objetivo de la cámara que capta nuestras imágenes. Lo inutilizaría y...

La cara desapareció de pronto y la pantalla se apagó. El panel donde habían visto la escena tomó su aspecto habitual.

—Vega, opino que lo más prudente será largarnos de aquí —dijo Tomás.

—Pero el rayo está funcionando —alegó ella.

Tomás paseó la vista a su alrededor. De pronto, descubrió algo que le

pareció un bastón.

Era un tubo de metal, mate, con muy escaso brillo. Poseía una notable ligereza, y Tomás supuso que debía de tratarse de alguna palanca para caso de reparación de alguna avería de cierta envergadura.

—Vamos a ver si con esto consigo algo útil —dijo.

Se asomó a la escotilla. En torno a la esfera, a unos seis o siete metros de distancia, había una banda circular completamente quemada.

La antena continuaba girando y emitiendo sus rayos calóricos cada cinco segundos. Tomás saltó al suelo.

—Cuidado — dijo Vega.

Tomás avanzó unos pasos, llegando al límite máximo que podía alcanzar sin correr el riesgo de recibir una descarga mortal. Sopesó la barra; tenía que actuar con gran rapidez si no quería perecer.

Esperó a que la antena girase de nuevo. Entonces dio un salto hacia adelante y se volvió.

Disponía solamente de cuatro segundos. Elevó el brazo y lanzó la barra contra la antena, empleando todas sus fuerzas.

La barra alcanzó su objetivo. Prodújose un vivísimo chispazo y la antena cesó de girar y de emitir descargas calóricas.

—Vega, recoja mi bastón —pidió él.

La muchacha obedeció. Instantes después, saltaba al suelo.

—Ya no hay peligro —dijo Tomás, y en aquel momento, vio que la esfera desprendía humo por la parte superior—. ¡Corramos, Vega!

Se alejaron a la carrera de aquel lugar. De cuando en cuando volvían la cabeza.

Un minuto después, la esfera se volvió de color rojo. A doscientos metros, Tomás y Vega notaban el terrible calor que se desprendía de aquella bola incandescente.

Por precaución, se alejaron otros doscientos metros. La bola no tardó en convertirse en una masa de materia fundida, informe, que humeó largo rato.

—Un mecanismo de autodestrucción, tal vez —opinó Tomás.

—Lo cierto es que tienen armas muy poderosas —comentó Vega.

—No es lo malo que tengan esas armas, sino que no sepamos emplearlas —dijo él—. Si conociéramos su manejo, podríamos apoderarnos de una de ellas y combatirles con sus propios medios.

—De todas formas, hemos comprobado, una cosa, Tomás.

—Diga, Vega.

—Son hostiles.

Tomás no se mostraba muy conforme con aquella teoría.

—Pudieron serlo, para apoderarse de la Tierra, pero ahora, ¿qué necesidad había de atacar a dos personas que ningún daño pueden causarles?

—Aténgase a los hechos, Tomás —insistió ella.

—Sí, pero... De todas formas, volveré a intentar entrar en relación con ellos.

—Desde luego, aunque no conviene descuidar las precauciones.

—Por supuesto. Y lo primero que voy a hacer ahora, es procurarme los medios para construirme un arco y flechas.

Tomás rio amargamente al añadir:

—Un arco y unas flechas... Armas estupendas, para luchar contra quienes barrieron toda la vida humana de este planeta, sin encontrar la menor oposición.

Capítulo V

Prudentemente, Tomás y Vega se alejaron de aquel lugar, a fin de evitar una posible localización por los compañeros del muerto. Al día siguiente, Tomás cazó un ciervo.

Desolló su presa y puso la piel a secar parcialmente, cubriéndola luego con una espesa capa de sal que encontró en una salina que ya conocía de otras veces. Luego, con una piedra afilada, buscó los tendones del animal.

Vega no permanecía inactiva mientras tanto. Como había asegurado, era bastante mañosa y, una vez conoció las intenciones de Tomás, empezó a fabricar las flechas.

Los días pasaron con relativa lentitud, aunque también con nerviosismo. Constantemente escrutaban el cielo, temerosos de ver caer sobre ellos toda una flota de naves esféricas, barriendo el suelo con sus devastadores rayos de calor luminoso.

En aquel lugar pasaron dos semanas. Finalmente, el arco quedó listo.

Tomás realizó varias pruebas. El arco medía dos metros de longitud y tenía una potencia, calculó, de ochenta kilos. Podía haberlo hecho más pequeño y manejable, pero le interesaba la fuerza sobre todo.

Algunas de las flechas volaban desviadas. Tomás corrigió las deficiencias, hasta que las diez o doce flechas de que disponía quedaron perfectamente equilibradas.

Hizo una prueba de distancia. Les costó mucho rato hallar la flecha. Cuando la encontraron, vieron que el proyectil había recorrido más de cuatrocientos metros.

—No me explico por qué no se construyó usted antes un arco —dijo Vega.

Tomás se encogió de hombros.

—Tenía el venablo y como todo parecía desierto, no creí necesario

construir un arma ofensiva.

Había llegado ya el momento de reanudar la marcha. Las flechas iban en una aljaba hecha con la piel del ciervo, cosida por Vega. La joven se había procurado asimismo un venablo, hecho de una rama larga y recta, aunque más delgada que la que había usado Tomás hasta entonces.

—Ahora tenemos que procurarnos cuchillos —dijo ella.

—Debimos de habernos llevado algún trozo de metal de la nave —se lamentó el joven.

—Quizá encontremos otra, Tomás.

—Es posible. Bien, ¿Vega, hacia dónde cree usted que debe de hallarse su cronomóvil?

Ella señaló con la mano un punto.

—Allí —indicó.

Delante de ellos, a unos cincuenta o sesenta kilómetros de distancia, se alzaba una formidable barrera montañosa. La mano de Vega apuntaba hacia un paso abierto por la naturaleza en la cordillera.

Para Tomás, era un paisaje conocido.

—Resultaría curioso... —murmuró.

— ¿Cómo? —preguntó Vega.

—No, nada — sonrió él —. ¿Vamos?

* * *

Caminaban sin prisas, dueños del tiempo que se extendía ante ellos. Dos días más tarde, iniciaron la travesía de la cordillera.

El paso alcanzaba en algunos sitios mil quinientos metros de altitud. Les costó veinticuatro horas atravesarlo y por la noche se vieron obligados a encender una hoguera.

A mediodía del cuarto día de viaje, dieron vista a lo que había al otro lado de la cadena montañosa.

Era un inmenso valle, rodeado por montañas en tres de sus partes. Hacia el sur, el valle se abría en una extensa llanura, regada por un caudaloso río.

Las montañas del lado opuesto al lugar en que ellos se encontraban eran apenas visibles. Abundaba la vegetación en el valle, cuyo suelo no era totalmente llano.

Había muchas colinas y largos y profundos barrancos, sobre todo, hacia el lado norte. Por el lado opuesto, el trazado se suavizaba hasta convertirse en una extensísima planicie verde, que llegaba a confundirse con el horizonte.

—De modo que es por aquí donde llegó usted —dijo Tomás, después de algunos momentos de contemplación del paisaje.

—Sí —venía del este y ella señaló hacia el oeste—. Aproximadamente hacia allí es donde llegué yo con mi cronomóvil.

Tomás meneó la cabeza.

—Curiosa coincidencia —dijo—. Hace cuatro años, existía una floreciente ciudad, que fue arrasada por esos bárbaros del espacio.

— ¿Conocía usted la ciudad?

—Vivía en ella, Vega.

—Oh —murmuró la joven—. Debe de haberlo sentido mucho.

—Figúrese. Bien, ¿seguimos?

—Sí, Tomás.

La anchura del valle en aquel punto no bajaba de los setenta kilómetros. En aquel momento, un destello metálico hirió sus pupilas.

Tomás levantó la cabeza. A unos quinientos metros de altura, una esfera evolucionaba sobre la ladera de la montaña.

El destello había sido producido por un rayo de sol al reflejarse en el casco metálico. Tomás agarró el brazo de la joven y tiró de ella.

—Vega, tenemos que escondernos —exclamó.

Corrieron a situarse bajo una enorme losa, que formaba una especie de marquesina natural. En la sombra, podían pasar desapercibidos.

La esfera descendía con moderada velocidad.

— ¿Nos habrán localizado? —murmuró Vega.

—Es posible —admitió él.

—Entonces, ¿por qué no nos han atacado?

—Tal vez su rayo no alcance tan lejos —Tomás divisó otro sitio mejor y se movió hacia su derecha—. Venga aquí; estaremos más protegidos.

Había un enorme pedrusco, tras el cual se situaron. Tomás calculó que la roca podría resistir las descargas calóricas.

La nave aterrizó a unos cien metros de distancia.

—Si tenemos que pelear, recuerde que la antena lanza descargas automáticamente —dijo Tomás.

La rejilla de la antena empezó a girar apenas el artefacto hubo tocado tierra. Se abrió la escotilla y un hombre de piel azafranada saltó al suelo.

Su indumentaria y equipo eran idénticos a los que Tomás y Vega habían visto ya. El invasor paseó la vista a su alrededor y se detuvo unos momentos con aire dubitativo.

Luego echó a andar, pero sin demasiada firmeza en su marcha.

Tomás lo advirtió de inmediato.

—Nos busca, aunque no está seguro del sitio en que estamos —dijo.

—Sí, pero, ¿cómo nos ha localizado? —preguntó Vega.

Tomás reflexionó un instante.

—Por la vista, no parece probable —especuló—. Tal vez por algún detector de temperatura. No olvide que el cuerpo humano es una fuente de calor.

Vega asintió.

—Sí. ¿Qué hacemos, Tomás? —consultó.

—Tengo un plan —manifestó él—. Usted va a salir a su encuentro, cuando esté más cerca. Trate de mostrarse amistosa, pero no olvide su cinturón lanzarrayos.

—Sí, Tomás.

—Yo estaré preparado, Vega. Y esta será la última prueba que hagamos.

— ¿Por qué, Tomás?

—Si el invasor se muestra hostil, es que no quieren entablar relaciones amistosas con nosotros. En tal caso, nos consideraremos en estado de guerra con ellos.

Vega captó la firmeza de la voz de su compañero. La guerra, pensó... pero, ¿qué podían hacer ellos dos, con armas tan primitivas, contra miles, tal vez millones de invasores, provistos de medios ofensivos de poder incalculable?

El hombre de la piel azafranada estaba a unos quince metros. Todavía no les había visto.

Tomás rozó con la mano el hombro de la muchacha.

—Adelante, Vega.

Ella se deslizó por el lado opuesto de la roca y salió a terreno descubierto.

—Hola —dijo en voz alta.

El invasor no la había oído. Vega dio un pequeño rodeo y se situó ante él.

Levantó la mano izquierda.

—Paz. Amigos —dijo.

El invasor la miró fijamente un segundo. Luego, sus manos octodactilares se elevaron hacia el cinturón.

— ¡Al suelo, Vega! —gritó Tomás.

Ella obedeció, apenas una fracción de segundo antes de que el cinturón emitiese una mortal descarga calórico-luminosa, que se estrelló contra unas piedras situadas a espaldas de Vega.

En el mismo instante, Tomás soltó la cuerda del arco.

Se oyó una vibración de tonos bajos. El invasor se estremeció, dio dos o tres pasos y cayó al suelo.

Tomás corrió hacia la joven.

— ¿Estás bien, Vega? —preguntó, tuteándola inconscientemente.

Ella se levantó con singular agilidad.

—Sí. No me ha pasado nada —contestó.

Miró al invasor muerto. La sangre empapaba la tierra del suelo.

— ¿Y la flecha? —preguntó asombrada—. ¿Estás seguro de que acertaste el blanco, Tomás?

El joven se sentía también desconcertado. Había dos sangrientos orificios en el cuerpo del invasor, un poco más arriba de su cintura.

De pronto comprendió.

—La potencia del arco —dijo—. La flecha le ha traspasado limpiamente, Vega.

Paseó la vista por los alrededores. Encontró la flecha a pocos pasos, partida en dos trozos al chocar contra una roca, después de haber atravesado el cuerpo del invasor.

Súbitamente, Vega lanzó una exclamación:

— ¡Tomás, la antena!

—Es verdad. Vamos, a la nave.

Por el momento, era el mejor sitio para resguardarse de las descargas. Corrieron velozmente, aunque a los sesenta metros, tuvieron que tirarse al suelo para evitar ser abrasados por la primera descarga.

Alcanzaron la nave sin inconvenientes. Los rayos que brotaban de la antena quemaban el suelo, vitrificando las rocas en algunos puntos.

—Si supiéramos manejar la nave... —se lamentó Vega.

—Nos encontramos en la situación del salvaje de la historia —dijo Tomás.

— ¿Cuál es la historia? —preguntó ella, invadida por la curiosidad.

—Un avión en perfecto estado de vuelo y con los tanques cargados de combustible, abandonado por sus tripulantes. Lo encuentra un salvaje, pero no conseguirá hacerlo funcionar aunque viva cien años.

— ¿Opinas que nosotros nos hallamos en el mismo estado de civilización que ese salvaje? —preguntó ella.

—Con respecto a los invasores, sí. El salvaje del cuento vive en un poblado con cierta organización, leyes, guerreros, sacerdotes, castas... lo que no deja de constituir una civilización. Pero no ha visto jamás un avión y no podrá conseguir que se eleve del suelo.

—Permíteme que discrepe, Tomás. Nosotros conocemos el modo de volar en otra clase de vehículos...

—Sí, y el salvaje del cuento ha domesticado caballos y construido carros, lo que no deja de ser un modo de viajar en vehículos. Pero esta esfera —Tomás golpeó el casco con la palma de la mano—, es para nosotros el avión de la historia.

Vega meneó la cabeza.

—No me importa mucho que la esfera sea el avión de tu cuento —dijo—. Lo que más me preocupa es que los hombres que la saben manejar son hostiles.

Capítulo VI

La antena continuaba sus giros. Cada cinco segundos, los rayos calórico-luminosos abrasaban un mismo punto del suelo.

—Aquí estamos a salvo —dijo Tomás—. Pero lo que interesa es parar la antena sin necesidad de destruir la nave.

—En todo caso, ahí tiene otra barra de metal —señaló Vega.

Tomás divisó un bastón análogo al que ya había empleado en cierta ocasión. Estaba en uno de los mamparos, sujeto a él por dos abrazaderas que cedían con la presión.

—Parece una herramienta de norma en el equipo de la nave —dijo Tomás.

—Y tú le diste un empleo distinto del que debe dársele.

—Soy el salvaje de la historia —rio él.

Se acercó al cuadro de mandos. Las oscilaciones de las lámparas tenían una escasa luminosidad.

—Estoy por opinar dos cosas —dijo—. Primero, sus retinas son impresionadas por rayos luminosos de distinta longitud de onda. Es muy probable que vean las cosas de distinto color que nosotros.

—Creo que tienes razón —convino Vega—. ¿Y cuál es la otra cosa?

—El oído. No oyen los sonidos habituales. Esto ya está demostrado. O necesitan una fuente de sonido, cuyas vibraciones superan las dieciocho mil por segundo o bien esa fuente emite en tonos tan graves, que las vibraciones son en número muy escaso por segundo, menos de cuarenta.

—Si pudiéramos comunicarnos con ellos... —suspiró la joven.

Los signos que había en el tablero de mando eran completamente ininteligibles para ellos. De pronto, Vega reparó en un detalle.

—Mira hacia arriba, Tomás—indicó.

El terrestre obedeció. Una lámpara de color violeta centelleaba sobre sus cabezas, en el centro del techo curvo de la nave.

—Las oscilaciones se producen cada cinco segundos —dijo Vega.

—Sí. Corresponden a los giros de la antena, cada vez que se sitúa en determinada posición.

—Exacto. Bien, ahora fíjate en el tablero de mandos. Hay otra lámpara de color violeta que destella al mismo tiempo.

—Es verdad —exclamó Tomás—. Bien, parece que vamos averiguando algún dato de interés.

—Y consiguiendo algo más que aventurar suposiciones.

Vega alargó la mano. Al pie de la lamparita de color violeta había una

tecla del mismo color.

La presionó con el índice. Las dos lámparas dejaron de emitir destellos.

Tomás lanzó un grito:

— ¡Han cesado las descargas!

Vega sonrió.

— ¿Todavía te consideras el salvaje del cuento?

—El camino es largo —dijo él sentenciosamente. Miraba con infinita atención el panel de mandos—. Pero sigo sin atreverme a tocar ningún control. Vega.

—Entonces, lo mejor será que abandonemos la nave.

—Sí, pero me voy a llevar ese bastón. Quiero ver si sirve para algo más que para lanzarlo contra las antenas.

Salieron de la nave. El cadáver del invasor yacía en el mismo sitio donde lo dejaron.

—Continuemos —dijo Tomás—. Es preciso que encontremos tu cronomóvil.

Emprendieron la marcha. Ahora descendían ya francamente hacia el valle.

* * *

Al atardecer, aprovechando los últimos rayos de sol, Tomás encendió una hoguera.

Habían encontrado una cueva, en la que se dispusieron a pernoctar. Por el camino, Tomás había cazado un par de conejos. Vega ya era práctica en asar la carne y se dispuso a preparar la cena.

Mientras, Tomás examinaba curiosamente el bastón de metal, de extremos suavemente redondeados. De pronto, advirtió una serie de ligeras protuberancias en uno de sus extremos.

Vaciló un momento. Al cabo de casi un minuto, se puso en pie y se separó una veintena de pasos de la cueva.

Estiró la mano derecha, a la vez que oprimía uno de los salientes con el pulgar. Un rayo de luz intolerable brotó en el acto del otro extremo del bastón.

Tomás dio un respingo. Vega gritó asustada:

— ¿Qué has hecho?

El joven se acercó a un árbol próximo, en cuyo tronco vio un círculo negro de unos diez centímetros de diámetro. Pasó al otro lado y vio otro círculo análogo.

Todavía salían algunas volutas de humo de los puntos alcanzados por la descarga. Vega corrió hacia el joven.

—Tomás...

El hombre sonrió.

—Vega, el salvaje ha encontrado un rifle en el avión y ha aprendido a dispararlo.

—Es un arma terrible —dijo ella, impresionadísima.

— ¿No tenéis vosotros armas tan potentes?

Vega meneó la cabeza.
—No usamos armas, Tomás —contestó.
—Debe de dar gusto vivir en vuestra época —suspiró él—. Bien, ya tenemos para defendernos algo más que las armas de la Edad de Piedra. Vega, no dejes que se queme la carne.
—Oh, lo había olvidado.
Tomás regresó junto a la hoguera, profundamente preocupado.
Los invasores usaban el cinturón lanzarrayos, pero también tenían aquel extraño bastón. ¿Por qué dos armas distintas, pero que causaban análogos efectos?
Tal vez el cinturón estaba conectado con la antena. El piloto de la esfera podía alejarse demasiado de ella y entonces le convenía contar con un arma portátil.
Después de cenar, charlaron un rato. Tomás se enteró de muchas peculiaridades de la civilización de Vega y la muchacha conoció cómo era la vida cuatro años antes.
Después, ella se acostó. Tomás reavivó la hoguera. Al cabo de un rato, se tendió en el suelo y se durmió.
Por la mañana, comieron los restos fríos de la cena. Todavía les faltaba bastante para llegar al centro del valle, por lo que emprendieron la marcha sin más tardanza.
Dos horas más tarde, se tropezaron con una manada de reses vacunas.
Tomás suspiró.
—Una fuente de exquisitos filetes —dijo—. Me siento tentado de gastar una flecha en un ternero...
Los animales pastaban apaciblemente. Su número era considerable; debía de haber un par de millares. Se extrañaron un poco al notar su presencia, pero los toros no hicieron ningún gesto ofensivo.
De repente, Vega lanzó una exclamación:
— ¡Mira, Tomás!
La muchacha elevaba los brazos al cielo. Tomás divisó, consternado, una flotilla de esferas, compuesta por doce unidades.
—Si nos ven, nos abrasarán —gruñó.
Estaban en un lugar llano y despejado, una pradera sin refugios naturales que les protegieran contra los abrasadores rayos que disparaban aquellas naves. De pronto, Tomás recordó una cosa.
—Suponemos que nos detectan por el calor, ¿verdad?
—Sí — contestó ella.
—Entonces ven.
Tomás agarró la mano de la joven y tiró de ella, adentrándose en el interior de la manada de reses.
—Los animales también son una fuente de calor —dijo él, a la vez que se arrodillaba en el suelo—. Quédate aquí y no te muevas.
Esperaron unos minutos con los nervios en tensión. Las esferas

evolucionaron por encima de la manada y acabaron por alejarse.

Se dirigían hacia la cordillera.

—Van a buscar al piloto muerto —calculó él.

— ¿Qué hacemos, Tomás? —preguntó Vega.

—Seguir —contestó el hombre resueltamente. Continuaron andando, aunque ahora con paso más vivo. De cuando en cuando, volvían la cabeza. Las esferas se habían pedido de vista.

—Me pregunto dónde tendrán su cuartel general —dijo Tomás al cabo de un buen rato.

—No lo sé, Tomás. También a mí me gustaría saberlo.

Al cabo de una hora, Tomás se detuvo.

— ¿Qué sucede? —preguntó la joven.

Tomás danzó un profundo suspiro.

—Mira esa colina —dijo.

—Sí. ¿Qué tiene de particular, Tomás?

—Nada, salvo que en la ladera que da al sur estaba la casa del profesor Velázquez.

—Y ahora no quedan ni los cimientos.

—Tú misma puedes verlo. La destrucción ha sido total.

— ¿No crees —sugirió Vega—, que valdría la pena explorar un poco, por ver si encontramos algo interesante?

Tomás se encogió de hombros.

—Por mí, no hay inconveniente —respondió.

La colina era de formas suavemente redondeadas y se alzaba a unos doscientos cincuenta metros sobre el nivel de la llanura circundante. El río, bordeado de árboles, pasaba a unos seiscientos metros. Era ancho, de mansa corriente, y su superficie espejeaba bajo los rayos del Sol.

Emprendieron la ascensión, aprovechándose de las sombras de los árboles, que abundaban en aquel paraje. A unos sesenta o setenta metros de la cima, un arroyo nacía entre unas peñas y descendía saltando hacia el río.

Tomás se detuvo a pocos pasos del arroyo.

—Aquí estaba la casa —dijo.

— ¿Seguro, Tomás?

—Segurísimo. Mira aquella curva del río; es un detalle que me impide equivocarme. Aparte de eso, el lugar donde nace el arroyo estaba en los terrenos que pertenecieron al profesor Velázquez.

—Bueno, una casa destruida hasta los cimientos... Es una frase más bien metafórica, Tomás. Lo cierto es que siempre queda algún rastro, ¿no? Y yo no veo ninguno...

—El bombardeo de los invasores lo arrasó todo, Vega.

—De acuerdo, pero, ¿qué clase de bombas usaron? Porque hasta ahora, solo hemos visto que emplean rayos luminosos, de una gran potencia térmica.

—No lo sé. Ya te he dicho lo que ocurrió. No me preguntes cómo, Vega, sino por sus resultados... y los tienes ante tus ojos.

De pronto, Vega echó a correr hacia unos arbustos cercanos, en los que había visto brillar un objeto. Se inclinó, lo recogió y se lo enseñó a Tomás.

— ¿Lo reconoces? —preguntó.

Tomás estuvo a punto de saltar.

— ¡Es un espejo que perteneció a la señora Velázquez! —exclamó.

Capítulo VII

Era un espejo circular, ligeramente cóncavo, con marco de acero inoxidable y mango del mismo metal. Tenía unos quince centímetros de diámetro y se hallaba en un perfecto estado de conservación.

— ¿Estás seguro de que perteneció a la señora Velázquez? —preguntó Vega.

—Por supuesto. Pocos días antes, el profesor se lo había pedido para poder observar sin esfuerzo ciertas partes de la máquina. Yo mismo lo había usado un par de veces. Además, mira sus iniciales grabadas en el mango.

—M. V. —leyó Vega pensativamente.

—Manuela Velázquez —aclaró Tomás—. Era una dama muy hermosa.

— ¿Estaba en la casa cuando se produjo el bombardeo?

—No. Se había ido con su esposo a pasar un fin de semana a la orilla del mar. En aquellos momentos yo estaba solo en el laboratorio.

—Una lástima —Vega levantó el espejo y se contempló unos momentos —. Estoy horrible —dijo—. Y además aumenta las imperfecciones.

Tomás se echó a reír.

—Poco fías de la fidelidad del espejo —exclamó.

—Casi no me reconozco —sonrió Vega—. Hacía tiempo que no me miraba a un espejo... Podré quedármelo, supongo.

—Claro No hay por qué dejarlo abandonado.

Vega se colgó el espejo del cinturón Luego dijo:

—Tomás, tendríamos que continuar buscando mi cronomóvil.

—Como gustes ¿Qué dirección seguimos?

—Pasaremos al otro lado de la colina. Después, ya tomaremos una

decisión

Reanudaron la marcha. Minutos después, alcanzaban la cima de la colina.

Entonces vieron un espectáculo increíble, que les dejó unos segundos con la respiración en suspenso.

Al pie de la colina, a unos trescientos cincuenta metros de donde se hallaban, había una semiesfera de color oscuro y brillo escaso, que parecía un tanto transparente, si bien no podían divisar lo que había en su interior.

La cúpula medía unos cien metros de diámetro y tenía una altura de cincuenta, aproximadamente. Su curvatura era perfecta.

—Dios mío —dijo Vega, estupefacta—. «Eso» no estaba ahí la última vez que yo pasé por aquí

—Debe de ser algún invento de los invasores, tal vez la cúpula que protege su cuartel general —opinó Tomás.

Ella volvió la cabeza para mirarle.

— ¿Qué hacemos? —preguntó.

— ¿Te atreverías a penetrar en la cúpula, Vega?

—Sí, porque tengo la seguridad de que mi crono-móvil está ahí —contestó ella resueltamente.

—Quizá lo están estudiando —apuntó Tomás

—No digas eso —se estremeció la muchacha—. Sería horrible que lo usaran para invadir mi época.

—Si no tenéis armas, la derrota sería inevitable. Nosotros poseíamos armas potentísimas... y ya ves lo que nos ocurrió.

Emprendieron el descenso. Minutos después, llegaban a las inmediaciones de la cúpula

Lo que había al otro lado resultaba invisible. Sin embargo, la cúpula parecía transparente

—Ya sé lo que ocurre —dijo Tomás.

— ¿Sí? —murmuró ella.

— Dentro de la cúpula, las imágenes son transmitidas a la visión en distinta longitud de onda luminosa a la que captan nuestras retinas.

—Bueno, pero una vez dentro, podremos ver lo que hay al otro lado. Lo malo es que no se ve ninguna abertura —suspiró la muchacha.

—Tal vez sea una cúpula de energía incorpórea —apuntó Tomás—. Espera, voy a hacer una prueba.

— ¡No la toques! —advirtió ella.

—No pensaba hacerlo... con la mano —sonrió él. Alargó el viejo venablo y puso la punta en aquella superficie que parecía de metal oscuro. El palo empezó a arder instantáneamente.

Tomás respingó y dejó caer el venablo al suelo.

—Si me descuido, me electrocuta —mascculló.

Vega estaba profundamente impresionada.

—Pero tengo todavía otro recurso —dijo Tomás. Llevaba el bastón de metal en la aljaba, con las flechas. Lo sacó, apuntó a la cúpula y apretó el

botón de disparo.

La descarga brotó del bastón, pero no ocurrió nada.

—Sigue intacta —dijo Tomás irritadamente.

Vega se agachó, recogió una piedra y la lanzó contra la cúpula.

La piedra se puso incandescente en el acto y cayó al suelo.

—No hay nada que hacer —dijo con acento desanimado.

—Un buen cartucho de dinamita resolvería la situación —rezongó Tomás —, pero pedir eso es como pedir la Luna.

Guardaron silencio un momento. De súbito, Vega se puso a temblar.

—Mi... mira, To... Tomás —tartamudeó.

El joven bajó la vista. Inmediatamente se puso lívido.

Había una sombra alargada que pasaba entre los dos. La sombra tenía unos contornos netamente definidos.

—Nos hemos dejado cazar como conejos —dijo Tomás, presintiendo la inminencia de su fin.

* * *

El extraño continuaba inmóvil tras ellos. Tomás pensó en revolverse súbitamente y arrojarse contra él.

Luego pensó en una flecha. Ninguna de las dos soluciones le pareció práctica.

El extraño les atacaría antes de que pudieran defenderse. Incluso era muy probable que ya tuviese las manos apoyadas en el cinturón para lanzar una de aquellas terribles descargas.

Tomás y Vega se miraron de reojo, sin volver la cabeza. El silencio era agobiante, opresivo.

—Al menos —dijo Tomás—, que me abrasen de frente. Es una actitud estúpida, orgullosa... pero lo prefiero así.

Empezó a volverse. Vega le imitó.

El extraño se hallaba frente a ellos, a cuatro pasos de distancia. Levantó el brazo. Parecía hacer un signo de paz.

Repentinamente, el invasor se retorció como atacado por un mal invisible. Un horrible ronquido brotó de su garganta.

Tomás estaba atónito, no menos que Vega. ¿Qué le ocurría a aquel individuo?

El extraño se derrumbó al suelo, presa de insufribles dolores al parecer. Se contorsionó unos momentos y luego se quedó inquieto.

— ¡Cielos! ¿Qué le ha sucedido? —exclamó Vega, en el colmo de la estupefacción.

Tomás no se sentía menos desconcertado. Se acercó al hombre de piel azafranada y se arrodilló a su lado.

Los extraños tenían sangre caliente, lo sabía por experiencia. Buscó su pulso y no lo encontró, incluso apoyando la mano en el pedio.

—Ha muerto —dijo.

—Pero nosotros no lo hemos tocado siquiera —exclamó Vega.

Tomás no sabía a qué atribuir el fallecimiento del invasor. Le había visto sufrir horriblemente durante unos segundos, pero eso era todo lo que podía decir al respecto.

—Quizá padezcan enfermedades, como nosotros —apuntó Vega—. Un colapso cardíaco...

—No somos tan feos como para matar a un hombre de miedo —gruñó él.

—Espera —dijo Vega—. Primero levantó la mano, como queriendo decirnos que venía en son pacífico. Luego quiso llevársela a los ojos... ¿Te has fijado en ello, Tomás?

—No; pero si tú lo dices...

—Quítale las gafas —pidió ella.

Tomás lo hizo. Inmediatamente, lanzó una exclamación de asombro.

— ¡Tiene las pupilas quemadas!

Vega se inclinó.

Los discos que eran los ojos del extraño aparecían completamente negros. Ciertamente se veía que no se trataba de unas lentillas de contacto, sino que todo el globo ocular había sido abrasado por una descarga térmica de origen desconocido.

—Y esa descarga —expresó Tomás en voz alta — le alcanzó el cerebro.

—Tendríamos que hacerle la autopsia para comprobarlo, pero carecemos de instrumental apropiado.

—Me basta con saber que está muerto —dijo él—. Lo único que siento es que era el primer invasor que venía en son de paz.

Alargó la vista. La nave del muerto estaba a cincuenta pasos de distancia.

—Vega —murmuró.

—Sí, Tomás.

—Vamos a la nave. Quiero ponerme en contacto con el jefazo de los invasores...

—Pero, ¿cómo?

—Hay botones. Alguno de ellos será el que haga funcionar sus medios de comunicación. ¡Vamos!

Corrieron a la nave. Lo primero que hizo Tomás fue desconectar el mando que accionaba la antena.

Luego pulsó varias teclas. Vega contenía la respiración.

¿Y si la nave despegaba, sin que supieran manejarla?

La pantalla de televisión se iluminó de súbito.

—Bueno, lo he conseguido —exclamó Tomás, satisfecho.

—Háblale —indicó Vega.

—Escuche, usted, sea quien sea —dijo Tomás. Hablaba casi a gritos, seguro de que algún micrófono recogería su voz—. Queremos comunicarnos con ustedes. Hemos tenido algunos encuentros, pero quiero hacer constar que nuestras intenciones han sido pacíficas en todo momento y que solamente nos hemos limitado a defendernos. En el último encuentro ha ocurrido un

accidente desgraciado y, créame, no por nuestra culpa. Queremos entrevistarnos con usted, con el responsable o con el jefe de todos ustedes. Esta es una situación absurda y debemos resolverla del modo más conveniente posible.

El invasor parecía escuchar con gran atención. Pero no daba señales de haber entendido la respuesta.

Sin embargo, movió los labios. Tomás meneó la cabeza al ver que terminaba su discurso, no demasiado largo, por cierto.

—No te entiendo, buen mozo —dijo. Se señaló los oídos y volvió a mover la cabeza, como dando a entender que no había captado audiblemente su respuesta.

El otro se señaló la garganta, los labios y los oídos. Tomás lanzó un gruñido de enojo.

—Estamos igual que antes —dijo.

—Espera un momento —exclamó ella—. Tomás, ¿te has fijado que no lleva las gafas puestas?

—Estará en alguna habitación, con luz especial —opinó él.

De pronto, el hombre desapareció de la pantalla.

— ¡Se larga! —rezongó Tomás desanimadamente.

Capítulo VIII

Fue una frase pronunciada con precipitación.

El invasor reapareció un minuto más tarde, pero en un lugar distinto.

— ¡Está en una nave igual a esta! —dijo Vega excitadamente.

— ¿Vendrá a buscarnos? —murmuró Tomás un tanto preocupado.

El extraño señaló el tablero de mandos. Vega apretó con fuerza el hombro de su compañero.

—Tomás, quiere enseñarte a manejar la nave —dijo.

— ¡Rayos! Es la mejor noticia que he tenido en cuatro años... salvo encontrarte a ti, Vega.

El invasor señaló una tecla e hizo señal de que debía apretarla. Tomás

obedeció.

La escotilla se cerró en el acto. Luego, Tomás vio que le señalaban los sillones.

—Sentémonos, Vega.

A continuación, el invasor apuntó hacia otra tecla. Tomás la empujó a fondo.

Inmediatamente, notaron que se elevaban del suelo.

Vega miró a través de una de las lucernas. La esfera ascendía sin excesiva velocidad.

Tomás tenía la vista fija en la pantalla de televisión. Siguiendo, las instrucciones del extraño, presionó una nueva tecla.

Entonces, la esfera se desplazó en sentido horizontal. El invasor hizo un gesto con ambas manos.

—Dice que no hagas más —adivinó Vega.

—Sí, es probable que ellos nos atraigan hacia su base por medios automáticos.

El invasor hizo un par de signos afirmativos con la cabeza. Tomás comprendió que quería decirle que todo marchaba a la perfección.

—Bueno —dijo, recostándose en el sillón—, ahora solo me falta una copa de vino y un cigarro para celebrarlo.

— ¿Fumabas tú? —preguntó Vega, horrorizada.

—Pues... sí, de cuando en cuando, disfrutaba saboreando un buen habano. Vosotros, claro, en vuestra civilización de dentro de doce mil años, habéis suprimido ese inconcebible vició del tabaco, ¿verdad?

—No se conoce, simplemente.

Tomás meneó la cabeza.

—Los pequeños placeres contribuyen a hacer más agradable la vida —dijo filosóficamente—. Claro que en estos años yo me he preocupado más de sobrevivir que en establecer una factoría tabaquera, como es lógico. Pero un día plantaré vides y haré fermentar las uvas. Eso será cuando me haya establecido en un lugar definitivo.

Vega suspiró.

—A mí me gustaría probar el vino —dijo melancólicamente.

—Tampoco lo conocéis, ¿eh?

—No es que no lo conozcamos, es que no se emplea en la alimentación. El alcohol está completamente proscrito entre nosotros.

—Vaya una época, con Ley Seca y todo... —refunfuñó él—. La vida debe de ser aburridísima. Vega, ¿Cuál es el promedio de la existencia humana en tu época?

—Doscientos veinte años, pero muchos alcanzan a los doscientos cincuenta.

Tomás hizo una mueca.

—No es que sea un maniático del tabaco ni un bebedor empedernido, pero un cigarro y un buen trago, de cuando en cuando, animan mucho la existencia,

palabra.

Vega sonrió.

—Tu mundo debía de ser muy pintoresco —opinó.

—Tenía sus defectos, pero yo vivía bien. Todo consiste en acomodarse a la época en la que le ha tocado vivir a uno.

La esfera se desplazaba con velocidad moderada hacia las montañas del oeste. Tomás calculó que no volarían a más de ciento cincuenta kilómetros a la hora.

La pantalla del televisor se había apagado hacía rato. Ahora se limitaban a contemplar el paisaje a través de los ojos de buey.

Una hora después, la esfera se adentró por un profundo desfiladero, cuyos bordes superiores alcanzaban la zona nevada. Atravesaron el cañón y se encontraron en un valle aproximadamente circular, de paredes escarpadas, en cuyo centro había un lago de aguas transparentes.

La esfera se dirigió rectamente hacia el lago. Con gran asombro, Tomás y Vega vieron el gigantesco poste metálico que surgía del centro de la superficie acuática.

Una columna completamente recta, de sección ovoidea, y de unos cuatro metros de altura. En el punto donde desaparecía bajo las aguas, sus dimensiones eran de unos cuarenta metros por treinta.

—La antena para sus comunicaciones —adivinó Tomás.

La esfera se dirigió rectamente hacia el lago.

—Vamos a sumergirnos —exclamó Vega.

—Creo que empiezo a comprender ciertas acciones de los invasores —murmuró Tomás—. El Sol les perjudica considerablemente, cuando menos en lo referente a la vista.

— ¡El Sol! —exclamó Vega.

—Sí. ¿Qué ocurre?

Ella se mordió los labios.

—Nada —contestó evasivamente.

La esfera había perdido velocidad, de tal modo que el contacto con la superficie del lago se produjo sin apenas estremecimientos. Inmediatamente, el extraño vehículo empezó a sumergirse bajo las aguas.

Durante unos momentos, los viajeros pudieron ver el interior del lago. Luego, a medida que se hundían, la oscuridad se acentuó, hasta que todo se hizo negro alrededor de ellos.

Pasaron unos minutos. De pronto, la esfera tocó fondo.

Fue una detención muy breve. Algunos segundos más tarde, la esfera volvió a descender.

—Juraría que estamos en una esclusa —dijo Tomás.

Había luz dentro de la esfera, pero su resplandor no conseguía disipar las tinieblas que les envolvían. El aparato se detuvo de nuevo.

Oyeron unos ruidos raros alrededor de la esfera.

—Están vaciando el agua de la esclusa —intuyó Tomás.

Momentos después, cesaron los gorgoteos. El televisor se iluminó de nuevo.

El invasor señaló la tecla de apertura de la escotilla. Tomás obedeció la indicación y la puerta quedó abierta.

Tomás abrió la boca de par en par. Vega estaba atónita.

—Desde luego —dijo el joven—, ahora comprendo por qué no pudimos resistir la invasión. ¡Debieron derrotarnos en cuestión de horas!

* * *

Delante de ellos se extendía un túnel de dimensiones incalculables, la altura de cuya bóveda era de unos cincuenta o sesenta metros. No se podía ver su final, debido a que la iluminación resultaba insuficiente.

La cantidad de luz que llegaba a las retinas de la pareja era aproximadamente la de un crepúsculo ya avanzado. A cierta distancia del lugar en que se hallaban, los detalles se difuminaban gradualmente, hasta perderse del todo.

Pero el túnel estaba lleno de aquellas misteriosas esferas, estacionadas en larguísimas hileras, cuyo término igualmente no se podía apreciar. Había varios millares y Tomás estimó lógico suponer que no debía de ser aquella la única base terrestre de los invasores.

Un hombre de piel azafranada surgió de repente ante ellos, de tal modo, que Vega no pudo contener un pequeño grito de susto.

El extraño les hizo una señal con la mano.

—Debemos ir con él —dijo Tomás, asiendo el brazo de la muchacha.

Caminaron medio centenar de metros aproximadamente y alcanzaron uno de los muros laterales del túnel. Había allí una abertura, por la que entraron, ascendiendo unas escaleras que les condujeron a una puerta de metal mate.

El invasor les señaló la puerta, justo en el momento en que alguien la abría desde el otro lado.

—Entremos, Vega.

Cruzaron el umbral y se hallaron frente al hombre a quien habían visto a través del televisor.

El hombre les indicó sendos sillones. Tomás pudo darse cuenta de que en el subterráneo no usaban las gafas.

«Las reservan para el exterior, donde hay sol», pensó.

El hombre les entregó unos aparatitos, indicándoles que debían colocárselos sobre las orejas. Eran de forma curva y se adaptaban muy bien al pabellón auricular. Por su parte superior sobresalía una antena de siete u ocho centímetros de longitud, rematada en una minúscula rejilla de una docena de cuadrículas.

— ¿Me entendéis? —preguntó el hombre.

—Sí —contestó Vega—. Esto es una traductora automática, ¿verdad?

—En efecto.

Tomás estaba perplejo. No solo les hacía oír la voz del extraño, sino que

traducía su lenguaje.

—Me llamo Xephus —dijo el extraño.

—Yo soy Tomás. Ella es Vega —presentó Tomás.

—Lamento haberos causado trastornos —se disculpó Xephus—. No ha sido nuestra la culpa, aunque debo reconocer que los hombres con quienes os encontrasteis las dos primeras veces se asustaron muchísimo al veros.

—Se asustaron tanto, que quisieron matarnos —dijo Tomás en tono de reproche.

—Pero la tercera vez, envié a un mensajero en son de paz y lo hicisteis morir.

—No ocurrió de una manera voluntaria —declaró Vega—. Estábamos dispuestos a conversar con él, pero sucedió algo insólito que le causó la muerte.

—Los rayos del Sol —dijo Xephus pensativamente—. Sin embargo, podemos soportarlos perfectamente, aunque con las debidas precauciones. No entiendo qué fue lo que concentró en sus ojos una descarga luminosa tan intensa. Se los quemó y también el cerebro, a pesar de la protección de las gafas que llevamos para el exterior.

—Yo tampoco lo sé —dijo Vega con voz neutra.

—Espero que no nos tengas en cuenta esa muerte —manifestó Tomás—. Fue un accidente, no imputable a nosotros, insisto.

Xephus hizo un ligero movimiento de asentimiento.

—He podido darme cuenta de ello y por eso di orden de que se os respetase la vida. En lo sucesivo, nadie os hará daño, os lo aseguro.

Tomás respiró aliviado.

—Me gusta oír cosas así —dijo—. Gracias... aunque eso mismo podías haberlo dicho hace cuatro años.

— ¿Cómo? —preguntó Xephus.

—Sí. Hace cuatro años, llegasteis del espacio exterior con vuestras naves. Vuestro ataque eliminó toda vida inteligente en el planeta. Quedé yo solo y luego se me unió Vega.

A pesar de la inexpresividad de los ojos de Xephus, Tomás pudo ver el asombro retratado en su cara.

—Te equivocas, Tomás —dijo el extraño—. Nosotros no hemos atacado a nadie en este planeta ni hemos causado una sola muerte, incluso animales. Solo hace dos años que estamos aquí y cuando llegamos, la Tierra estaba ya desierta de seres humanos.

Capítulo XI

Después de las precedentes palabras, se produjo una ligera pausa de silencio.

— ¡Pero eso es absurdo! —estalló Tomás—. El ataque vuestro fue totalmente exterminador...

—Repito que no hemos causado el menor daño a nadie —insistió Xephus —. El planeta estaba ya desierto, de seres humanos me refiero, cuando llegamos nosotros.

Tomás estaba atónito.

—Entonces... fueron otros —dijo con voz insegura.

Xephus hizo un movimiento muy parecido a un encogerse de hombros.

—Seguramente —contestó.

—No lo hubiera creído nunca —dijo Tomás, pasándose una mano por la cara—. ¿Qué opinas tú, Vega?

—Dice la verdad —contestó la muchacha llanamente.

—Gracias —sonrió Xephus—. Así es, y nos extrañó muchísimo, pues teníamos noticias de que la Tierra era un emporio floreciente.

—Alguien vino de las estrellas, nos atacó y destruyó todo signo de vida inteligente —dijo Tomás con ceño sombrío—. Su ataque fue de tal envergadura, que incluso borró las ciudades de la superficie del planeta, dejándolo tal como estaba antes de que se levantara la primera casa.

—Eso es lo que hemos observado nosotros —manifestó Xephus—. Por más que hemos buscado, no hemos conseguido encontrar rastros de edificios, ni fábricas ni nada parecido. ¿Qué opinas tú, Tomás?

—Los edificios tal vez fueron reducidos a polvo, en el sentido más literal de la palabra. En este planeta, en cuanto uno se descuida, la vegetación crece muy aprisa y lo cubre todo. En un año, pudo borrar los rastros de los edificios convertidos en polvo con armas de un poder inimaginable.

—Pero eso se podría aplicar a materiales de construcción tales como ladrillo, piedra y cemento —dijo Vega—. ¿Qué pasa con las fábricas, en donde, lógicamente, tenía que abundar el hierro? ¿También lo convertían en polvo?

Tomás se encogió de hombros.

—Como no lo vi, no puedo decir lo que pasó —repuso—. Pero no me extrañaría tampoco que hubiese seguido el mismo camino de la piedra y el cemento. O bien que se hubieran llevado todos los metales en sus naves... ¿Qué sé yo lo que pudo pasar? —exclamó desanimadamente.

—Como sea, se marcharon y no pueden contárnoslo —dijo Xephus—. Pero deseo haceros saber que somos inocentes de esa catástrofe.

—Te creemos —contestó Tomás—. Dime, Xephus, ¿pensáis quedaros en la Tierra?

Xephus hizo un signo negativo.

—No —respondió—. Nos iremos muy pronto de aquí. Hemos

permanecido dos años explorando vuestro planeta en todos los sentidos. Al fin hemos llegado a la conclusión de que no es un mundo conveniente para nuestros organismos.

—Vuestras retinas captan imágenes que percibís en distinta longitud de onda luminosa —dijo Tomás.

—Así es. En cuanto al oído, no percibimos los sonidos normales que impresionan vuestros tímpanos. Por lo demás, y salvo algunas diferencias externas, somos iguales a vosotros en todo.

—Las gafas oscuras protegen vuestros ojos de la intensa radiación luminosa del exterior.

—En efecto.

— ¿Y los sonidos normales? Me refiero a... al ruido del viento pasando entre las ramas de los árboles, los saltos de agua, truenos, rugidos de animales...

—También llevamos protectores para los tímpanos. Nosotros no oímos esos ruidos, pero eso no quiere decir que no se produzcan. Por tanto, evitamos que nos dañen el aparato auditivo.

—Entiendo. Seguramente, vuestros tímpanos perciben lo que nosotros llamamos ultrasonidos, es decir, vibraciones sonoras que superan las dieciocho mil por segundo.

—Ciertamente, así es —corroboró Xephus.

Vega lanzó un suspiro de alivio.

—Bien —dijo—, al menos ya sabemos que somos amigos. Pero ahora yo quiero pedirte un favor, Xephus.

— ¿De qué se trata? —preguntó el extraño.

—Hay una cúpula negra en el centro del valle. Esa cúpula protege una máquina que es mía. Deseo que la retiréis, a fin de que yo pueda utilizarla de nuevo.

—Hemos hallado esa máquina, en efecto —admitió Xephus—, pero no pudimos comprender su objeto ni tampoco cómo funciona. Estuvimos estudiándola, aunque puedo asegurarte que no le hemos causado el menor desperfecto.

—Gracias —dijo Vega—. Pero cuando yo llegué con esa máquina, desapareció a poco, mientras yo exploraba los alrededores. Luego volví y ya no estaba donde yo la había dejado.

—Al encontrarla, instalamos unos proyectores especiales, que emitían una luz cuya longitud de onda es la que nosotros podemos captar sin necesidad de gafas. Para ti, en aquellos momentos, resultaba invisible. Pero, ¿qué dase de máquina es?

—Nosotros lo llamamos cronomóvil. Permite a las personas desplazarse a través del tiempo.

Xephus se quedó admirado al oír aquellas palabras.

—Nos consideramos civilizadísimos, pero nunca hemos construido un aparato semejante —manifestó con acento sincero.

—Bien, es que yo vengo de una época situada a más de doce mil años de distancia de la actual —sonrió Vega.

Y le explicó las causas de su presencia en la Tierra.

—Así, se comprende —dijo Xephus.

—Supongo que ahora desactivarán la energía de la cúpula protectora y nos dejarán marchar —dijo Vega.

— ¿Tomás se irá con usted?

—Claro, ¿qué va a hacer solo aquí? Ustedes se marcharán muy pronto...

—Es cierto, pero me temo que no podremos hacer eso que nos has pedido, Vega.

La joven enarcó las cejas.

— ¿Por qué? —preguntó.

—Uno de los motivos de nuestro viaje es recoger especímenes de seres vivientes animados o inanimados —declaró Xephus—. Tenemos de todo... pero nos faltaba la pareja con inteligencia. Ya la hemos conseguido.

* * *

Tomás y Vega se sintieron invadidos por un enorme estupor al oír aquellas palabras.

—Me gustaría que aclarases lo que acabas de decir, de modo que no haya lugar a dudas —pidió Tomás con el ceño fruncido.

—Creo que está bastante claro —contestó Xephus—. Vendréis con nosotros a nuestro mundo y viviréis allí. Con todas las comodidades, sin que os falte nada en absoluto.

Vega se sentía anonadada. En cuanto a Tomás, estaba pálido de indignación.

—Ejemplares de todos los seres vivientes, animales y vegetales —murmuró—. Van a instalar en su planeta un Jardín Botánico... y un «Zoo».

—En el cual, seremos tú y yo los especímenes más apreciados —dijo Vega

—La perspectiva no me agrada —dijo Tomás bruscamente.

—No tenéis posibilidades de elegir —declaró Xephus—. Y vuestra existencia será cómoda y apacible, con todas vuestras necesidades cubiertas y atendidos en vuestras dolencias, cuando sea preciso.

Tomás miró fijamente al extraño.

—Estoy seguro de que vuestro planeta está alumbrado por una estrella roja —dijo.

—Así es —confirmó Xephus.

—Y por dicha razón, solo podéis percibir radiaciones luminosas cercanas al espectro infrarrojo o menores que este.

—Sí.

—Un mundo sombrío, oscuro, sumido constantemente en una luz crepuscular...

—Para nosotros es una luz maravillosa.

—Pero nosotros somos terrestres —declaró Tomás con súbita energía—.

Nos gusta nuestro Sol, su luz, su calor... ¡Y no queremos movernos de aquí!

Xephus no pareció impresionarse por aquellas palabras.

—La decisión está ya tomada —contestó simplemente.

Tomás se puso en pie.

—Todavía tengo un arco y unas flechas...

Xephus tenía sus manos apoyadas en el cinturón radiante.

—No intentes ningún acto hostil —dijo—. Sentiría perder vuestra amistad. Quiero ser amigo, tenlo en cuenta.

—No puedes serlo, cuando tratas de dañarnos, arrancándonos de nuestro mundo —se quejó Vega.

—Repito que no tendréis que lamentar vuestro traslado. Estaréis en unas condiciones infinitamente mejores...

—Xephus, yo prefiero vivir en mi planeta como un salvaje, que engordar plácidamente en otro distinto y encarcelado en una jaula —declaró Tomás con acento tajante.

—Pero tendréis que obedecer.

Xephus alargó la mano y tocó una tecla en el cuadro de mandos que tenía cerca de él.

Momentos después, entraron dos hombres. Xephus hizo un gesto con la mano.

—Seguidles —ordenó—. Ellos ya tienen instrucciones. Por favor, Tomás, deja el arco y las flechas. También el bastón de que te apoderaste en una de nuestras naves.

Tomás ardía de ira. Pero claramente se daba cuenta de que no podía hacer nada para oponerse a la voluntad de Xephus.

El arco y la aljaba cayeron al suelo. Por un momento, Tomás pensó en lanzarse contra los extraños, pero no quiso poner en peligro la vida de la muchacha

Salieron de la estancia y caminaron un poco a lo largo del túnel. Los dos guardianes les hicieron entrar en una habitación de grandes dimensiones, someramente decorada, pero sin que faltase en ella lo más elemental.

La puerta se cerró. Tomás y Vega quedaron a solas.

Durante unos momentos, se miraron fijamente.

—Nos van a meter en una jaula —dijo él con acento colérico—. Los domingos, vendrán los papás a pasear al «Zoo», con sus hijos cogidos de la mano. Nos señalarán y se reirán de nosotros y nos arrojarán plátanos y cacahuetes. Encima de la jaula habrá un cartel que diga *Homo sapiens terrestris*...

Vega sonrió.

—No te seduce la perspectiva, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Y a ti?

—Tampoco... aunque sé que tendría compañía. La Tierra me gusta, Tomás.

—La echaríamos mucho de menos, aunque nos dejasen en una vasta reserva, para no causarnos disturbios emocionales, encerrándonos en una

jaula. No, Vega, tenemos que buscar la manera de salir de aquí.

—Tomás, ten en cuenta que nos hallamos a centenares de metros de profundidad y bajo un gran lago, además.

— ¿No habrá otra salida?

—No lo creo —dijo Vega.

—Pero una sola esclusa, habiendo miles de naves...

—Tal vez dispongan de varias esclusas, aunque eso es lo de menos. Lo importante es apoderarnos de una nave y escapar.

— ¿Cómo? —Tomás enseñó sus manos vacías—. ¿Sin armas?

—Yo tengo una —dijo Vega sorprendentemente—. ¿No te acuerdas del extraño que murió con las pupilas quemadas?

—Sí, desde luego, pero...

Vega le enseñó el espejo cóncavo que pendía de su cinturón:

—Tomás —dijo—, esta es el arma que lo mató.

Capítulo X

Tomás estaba atónito.

—El espejo...

—Sí. Es cóncavo y no solo refleja los rayos del Sol, sino que los concentra, como ocurre con tu lente. Pero esta los concentra por refracción y el espejo, en cambio, por reflexión. Un rayo de luz dio en el espejo y, al reflejarse, alcanzó las retinas del extraño, llegando hasta su cerebro y matándolo instantáneamente. Por eso se llevó la mano a los ojos, pero no tuvo tiempo de completar el gesto

—Diablos —murmuró Tomás a media voz.

—Fue un acto completamente casual, y lo siento, porque venía con intenciones amistosas.

— ¡Intenciones amistosas! —bufó el joven—. Quería capturarnos para llevarnos a su «Zoo».

—Bueno, ahora ya sabemos qué es lo que pretenden de nosotros. Lo que interesa es el modo de escapar de aquí.

— ¿Y cómo? No tenemos sol para reflejar sus rayos con el espejo. La iluminación es escasa y difusa, además, sin puntos luminosos, cuyos haces de luz podamos concentrar...

La puerta del encierro se abrió de pronto. Un hombre entró con una bandeja en las manos.

—Comida, Tomás —dijo Vega.

—Yo no tengo hambre —refunfuñó el joven.

—Será mejor que acumules energías —aconsejó ella—. Con el estómago vacío, no se pueden hacer grandes esfuerzos.

El vigilante se había ido ya, tras dejar la bandeja sobre una mesa. No había platos ni cubiertos, solo unas pastillas de distintos colores, de unos diez centímetros de lado por tres de grueso. Además, había dos vasos de forma cúbica que contenían un líquido transparente.

— ¿Y si han puesto un narcótico? —dijo Tomás.

—Están seguros de nosotros. ¿Para qué iban a necesitar narcotizarnos?

Vega cogió una de las pastillas y se la llevó a la boca.

— ¡Mmmmmm! Pues no sabe mal del todo. Y debe de ser muy energética. Vamos, come, Tomás, no pongas esa cara tan fúnebre.

—Tú estás acostumbrada a alimentarte con tabletas —rezongó él—. A mí todavía me gustan los filetes.

—Sí, pero cuando no hay otra cosa...

Tomás agarró una de las pastillas y mordió con bastante aprensión. No podía decir que tuviese mal gusto, aunque tampoco poseía un sabor como para entusiasmarle.

Pero había que pensar en sus cualidades alimenticias. Minutos más tarde, la bandeja estaba vacía.

El líquido de los vasos era agua. Tomás bebió un poco y dejó el resto.

—Bien, ya hemos comido —dijo—. ¿Y ahora?

—Esperar —contestó Vega—. Es todo lo que podemos hacer.

—Mientras tanto, podríamos ir planeando nuestra fuga, ¿no te parece?

* * *

Las horas pasaban con gran lentitud. Había dos lechos y durmieron unas horas.

De nuevo les fue servida la comida. Tomás observó que todos los vigilantes iban provistos de sus cinturones radiantes.

— ¿Cuándo te parece, Vega? —preguntó después de la cena.

—El problema estriba no solo en apoderarnos de una nave, sino en salvar la esclusa —dijo ella.

—Si entramos en la nave, poco me importará arremeter contra la esclusa.

—Bueno, pero podríamos causar daños a la nave. Lo mejor sería capturar a Xephus.

— ¿Un rehén?

—Sí, justamente.

Tomás se rascó la mejilla.

—Ellos no se han fijado en el espejo y si lo han advertido, han pensado que se trataba de un utensilio inofensivo.

—Cierto, porque de otro modo, ya me lo habrían quitado. Recuerda tu arco y tus flechas.

—Bien, el asunto estriba en llegar al puesto de mando —Tomás se tocó la oreja—. Por fortuna, nos han dejado las traductoras automáticas.

—Lo cual no deja de ser una ventaja —sonrió ella.

—Muy bien. Ahora imagínate que conseguimos fugarnos. Lo primero que haremos será ir en busca del cronomóvil.

—Sí, claro.

—Pero está protegido por una cúpula.

—Creo que esta vez conseguiremos romperla, Tomás —Vega se señaló el espejo—. ¿Qué te parece mi arma secreta?

El joven sonrió.

—Dará resultado —contestó—. Lo que no entiendo es por qué cubrieron el cronomóvil con semejante cúpula.

—Después de lo que hemos visto, la explicación resulta fácil. Llevan las gafas en el exterior para proteger sus ojos de la excesiva radiación luminosa del Sol. Pero no les debe de resultar muy cómodo usarlas de continuo.

—Claro —exclamó él—. Y aquella cúpula está para qué los científicos de la expedición estudien tu cronomóvil.

—Justamente —convino ella con una sonrisa.

— ¡Eh! —exclamó Tomás, alarmado—. ¿No habrán estropeado el aparato, tratando de verle las tripas?

—Xephus dijo que estaba intacto. Seguramente lo examinaron, vieron que no podían entender sus mecanismos y lo dejaron allí, pero protegido por la cúpula a fin de que, si volvían sus dueños, no pudieran llevárselo.

— ¡Qué astutos! —masculló Tomás—. No olvidan detalle.

—Salvo el del espejo.

— ¿Dará resultado?

—Tenemos que arriesgarnos. O nos pasaremos la vida en una jaula, Tomás.

—El joven se estremeció.

—Una horrible perspectiva —dijo con vez lúgubre—. No; haré cualquier cosa por continuar siendo libre.

—Y yo te ayudaré con todas mis fuerzas —declaró Vega firmemente.

* * *

Vega se contemplaba al espejo cuando entró el vigilante que les servía las comidas.

Tomás le arrojó la bandeja al suelo de un manotazo.

—No queremos esa bazofia —dijo.

El hombre de piel azafranada le miró con sorpresa.

—Es todo lo que hay aquí —manifestó.

—Una porquería. Nosotros queremos comer mejor —Tomás le empujó con la mano—. Esa comida no la querrían ni los cerdos.

—Bueno...

El guardia hizo un gesto de enojo.

—Yo solo obedezco órdenes —dijo.

—Entonces, déjanos salir. También es una orden.

—No puedo. Tú eres un prisionero.

Tomás le empujó de nuevo.

—Y tú mi guardián, ¿verdad? Anda, quítate de la puerta y déjanos salir, pedazo de idiota.

—No me insultes...

Tomás volvió a empujarle.

—Quítate de en medio —dijo—. Voy a salir. Quiero marcharme de aquí.

— ¡No lo hagas!

El terrestre se volvió a medias. El otro tenía ambas manos puestas en su cinturón radiante. Tomás se fijó en la posición de los dedos.

—Impídeme el paso, si te atreves —dijo, en tono desafiador.

—No te acerques a la puerta o dejaré a esa mujer sin su pareja —amenazó el guardia.

— ¿Te refieres a mí? —preguntó Vega.

El guardia se volvió. Vega estaba casi tras él.

— ¿Por qué vas a matar a ese hombre? ¿Qué mal te ha hecho? —preguntó la muchacha.

—No quiero que salgáis de aquí...

Vega y Tomás avanzaron a una hacia el extraño. Este, amedrentado, empezó a retroceder.

Tomás volvió a empujarle.

—Vamos a salir de aquí, tanto si te gusta como si no —dijo—. ¡Y quita ya

tus manos de ese maldito cinturón!

— ¡No! —chilló el guardia—. No permitiré que...

Un repentino golpe dio con él en tierra. El extraño, perdidos los estribos, se puso en pie de un salto y lanzó una descarga radiante.

El espejo se interpuso en el camino de la descarga. El rayo rebotó en el vidrio azogado y, concentrado, atravesó los ojos del guardia, quien se desplomó, muerto instantáneamente.

Tomás se lanzó sobre él y forcejeó para quitarle el cinturón.

Mientras, Vega corría hacia la puerta. Llamó con fuertes golpes y alguien la abrió desde el exterior.

El otro centinela la miró asombrado. Luego vio a Tomás inclinado sobre su compañero y comprendió.

Inmediatamente, puso las manos sobre su cinturón. Vega le dejaba hacer.

Tenía que esperar a que el otro lanzase su descarga. Cuando lo hizo, el espejo devolvió la radiación calórico-luminosa una vez más.

El paso quedó libre.

Tomás corrió hacia la joven, abrochándose el cinturón.

—Espero que podré hacerlo funcionar —dijo.

Vega estaba muy pálida. Tomás comprendió lo que sucedía en su interior.

— ¡Ánimo! —dijo sonriendo—. Estás luchando por tu libertad.

Ella asintió. Luego echaron a correr a lo largo del muro, hasta que alcanzaron la entrada del puesto de mando de Xephus.

En la puerta, se miraron un instante. Luego, Tomás hinchó el pecho e inició el ascenso de la escalera.

Vega caminaba tras él. Tomás abrió lentamente la puerta y vio a Xephus inclinado sobre una mesa, como si estudiase un plano o algo parecido.

Tomás avanzó lentamente. De pronto, Xephus pareció darse cuenta de que no estaba solo y alzó la cabeza.

El terrestre tenía las manos apoyadas sobre el cinturón, en el mismo sitio que había visto a su anterior propietario. Xephus no dejó de captar el detalle, pero no movió ni un solo músculo de su rostro.

—Os habéis escapado —dijo.

—Sí —confirmó Tomás.

—Pero todavía estáis aquí, a mil doscientos metros de profundidad.

—Tú nos llevarás a la superficie, Xephus.

— ¿Qué pasará si me niego?

Vega intervino en aquel momento, enseñando el espejo.

—Te mataremos —dijo muy seria.

Capítulo XI

Xephus contempló el espejo durante unos instantes.

—Nunca creí que eso pudiera ser un arma —dijo—. Estimé que se trataba de un objeto de adorno...

—La apariencia está destinada a engañar a la gente —mintió Vega—. Bien, ¿cuál es tu respuesta?

Antes de que Xephus pudiera hablar, un hombre entró corriendo en la cámara.

—Xephus...

Los dos terrestres se volvieron. El invasor los vio y puso ambas manos sobre su cinturón.

Partió la descarga, pero rebotó en el espejo. El extraño cayó muerto.

— ¿Lo has visto? —preguntó Tomás.

Xephus hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—Un arma terrible —comentó.

—No olvides que vengo de doce mil años en el futuro —dijo Vega.

—Y ya lleva algún tiempo ausente, así que los terrestres de aquella época pueden sentir impaciencia y enviar una expedición de rescate —agregó Tomás —. No lo pasaríais muy bien, créeme.

—Hay una cosa que me intriga —dijo Xephus con tranquilo acento.

— ¿Cuál es? —preguntó Tomás.

—Vega dice venir de doce mil años en el futuro. A juzgar por su vehículo temporal y por el arma, procede de una civilización adelantadísima.

—Es cierto —confirmó la muchacha.

—Bien, pero ahora la vida humana en la Tierra no existe. Y se necesita que haya seres humanos que puedan reproducirse y propagar la especie, para crear un día esa civilización situada a doce mil años en el futuro.

—El planeta es grande —dijo Tomás—. Yo lo he recorrido sin parar durante cuatro años, pero, ¿quién me dice que en alguna parte no hay una pequeña colonia de humanos vivos? Tenemos continentes a los cuales no se puede llegar sin una nave y yo no los he visitado todavía.

—Es probable que sea así —admitió Xephus.

Vega se sentía impaciente.

—Vamos —dijo—. Van a descubrir nuestra fuga y no querría que nos

impidiesen salir de aquí.

Tomás movió la mano izquierda.

—Andando, Xephus —ordenó.

El extraño se dirigió hacia la puerta. Salieron al túnel y en aquel momento vieron un tropel de gente que corría hacia ellos.

—Xephus, ordénales que retrocedan o te mataremos —dijo Tomás amenazadoramente.

Xephus atendió el mandato. Sus subordinados se retiraron a unos pasos de distancia.

Momentos después, entraban en una de las naves.

—Queremos salir indemnes al exterior —advirtió Tomás—. No nos oponemos a que os llevéis muestras de animales y vegetales, pero nosotros somos tan humanos como vosotros, con análoga inteligencia, aunque nos hallemos en distinto estadio de civilización, y tenemos derecho a la libertad. Si tú te encontraras en nuestro puesto, comprenderías mejor mis palabras.

Xephus permanecía silencioso.

—Lamento que el encuentro entre dos razas espaciales haya producido algunas muertes —dijo Tomás—. Sin embargo, no nos consideramos culpables de lo sucedido. Los primeros seres con quienes nos encontramos, mostraron de inmediato intenciones hostiles.

—Tal vez os temían —apuntó Xephus sombríamente.

—Nosotros también teníamos razones para temerlos y, sin embargo, nos acercamos a ellos en son de paz. ¿Por qué no intentaron entablar relaciones amistosas con nosotros? Solo recurristeis a ello cuando os disteis cuenta de que podíamos defendernos.

—Tus reproches son justos —admitió Xephus.

—Pero luego querías privarnos de algo que el hombre de la Tierra aprecia tanto como su propia existencia: la libertad. No te pedimos otra cosa, Xephus.

El invasor hizo un gesto de asentimiento. Luego apoyó sus manos en el teclado.

Instantes después, la esfera, replegadas las patas del tren de aterrizaje, se desplazaba lentamente hacia la esclusa.

La operación se repitió a la inversa. Diez minutos después, Tomás saludaba con alborozo la luz del Sol.

Xephus se había puesto ya las gafas negras.

— ¿Adónde os llevo? —preguntó.

—A mi máquina —ordenó Vega sin vacilar.

Xephus hizo que la nave se desplazara hacia adelante a gran velocidad. En pocos minutos, alcanzaron el centro del valle.

—Tendría que cortar la energía que produce la cúpula —dijo Tomás,

—No hace falta; yo tengo la llave —exclamó Vega.

Xephus abrió la escotilla. El aire del exterior penetró en la nave, con aromas de flores silvestres.

—Un mundo maravilloso —dijo Tomás—. Por nada lo cambiaría.

Y se dirigió hacia la salida.

En el umbral, Vega se volvió hacia Xephus.

—No intentes nada contra nosotros —advirtió—. Recuerda que en mi época, poseemos armas infinitamente más poderosas que las vuestras. Lo mejor que podéis hacer es abandonar la Tierra cuanto antes.

Xephus no contestó. La muchacha saltó a tierra y se apartó de la esfera, con el espejo a punto, por si la antena empezaba a lanzar descargas calórico-luminosas.

Pero no ocurrió nada. Xephus cerró, la escotilla y despegó.

Instantes después, se había perdido de vista.

—Espero que haya tomado en cuenta mi intimación —dijo Vega.

— ¿Abandonarán el planeta? —preguntó Tomás.

—Creo que acabarán por marcharse. Pero, en todo caso, los echaríamos nosotros.

Tomás sonrió.

—En tu época no usáis armas y no sabéis, por tanto, qué es la guerra, cosa harto afortunada, ciertamente; pero tú te has mostrado belicosa como pocos.

— ¿Y crees que no lo siento? —dijo Vega con triste acento.

—Conoces lo que es la paz y la libertad y por eso mismo has salido en defensa de tus derechos —dijo él sentenciosamente—. Lo que has hecho ha brotado en ti tanto por razonamientos como por el instinto ancestral de ser libre que jamás te ha abandonado.

—Sí, así ha sido —admitió ella.

—Y un ser humano puede ser eminentemente pacífico, pero también tiene instintos. Uno de esos instintos, el de luchar por la vida libre, no puede ser extirpado por mil doscientos siglos de civilización.

Vega asintió en silencio. Lanzó un suspiro y luego dijo:

—Bien, creo que ha llegado la hora de destruir esa cúpula.

Estudió un instante la posición del Sol y se situó en el lugar más conveniente. Luego enfocó el espejo hacia la cúpula.

El color negro empezó a aclararse. Tomás quedó un tanto decepcionado.

Creía que la ruptura sería instantánea, pero no sucedía así. La degradación del color negro se producía con notable lentitud.

—Espera —gritó de pronto—. Se me ha ocurrido una idea.

Corrió al otro lado de la cúpula y sacó su lente convergente.

Los rayos solares atravesaron el vidrio óptico y se encontraron en un punto de la cúpula. En torno al sitio donde se veía la concentración de rayos luminosos, el negro empezó a perder su tono casi en el acto.

Pasaron algunos minutos. De súbito, se oyó un fuerte «plop» y la cúpula desapareció por completo.

El cronomóvil quedó a la vista. Vega lanzó un grito de alegría.

* * *

Tomás y Vega avanzaron desde puntos opuestos, reuniéndose junto a la

máquina de traslación temporal.

—Has tenido una buena idea —sonrió ella.

Pasó la mano por la pulida superficie del aparato.

— ¿Qué te parece? —preguntó.

—No entiendo mucho, pero... si funciona, me parecerá maravillosa.

La máquina consistía, sustancialmente, en una semiesfera de vidrio de unos tres metros de diámetro, por casi dos de altura. La parte posterior era opaca y bajo el vidrio había una plataforma circular de unos treinta centímetros de grosor.

Tomás calculó que bajo la plataforma debía de hallarse la maquinaria que activaba el cronomóvil.

— ¡Qué distinto es del mío! —exclamó.

—La forma no importa; el caso es que funcione.

—Veo un asiento nada más —observó él.

—Espera un momento.

Vega presionó un resorte externo y parte de la cúpula giró hacia afuera. Entró en la máquina y se sentó frente al cuadro de mandos.

A su derecha había espacio suficiente para el sillón que apareció instantes después, una vez hubo manipulado convenientemente en el cuadro de mandos.

—Entra —invitó con atractiva sonrisa.

Tomás inspiró fuertemente.

Iba a abandonar su mundo, a lanzarse a un futuro situado a más de doce mil años. Sentía enormemente dejar aquellos vergeles paradisíacos. La civilización, se dijo, agosta cuanto toca.

Pero, a fin de cuentas, él era un hombre civilizado y debía vivir en un mundo civilizado. Tendría que pasar por un período de readaptación, naturalmente; sin embargo, esperaba superar sin graves trastornos las dificultades que encontraría sin duda en la nueva época hacia la cual se iba a dirigir.

Cruzó el umbral y se sentó junto a Vega.

—Cuando quieras —dijo, procurando mantener la firmeza de su voz.

El cuadro de mandos del cronomóvil era bastante extenso, aunque mucho más compacto que el de la máquina ideada por el profesor Velázquez, observó Tomás. Vio que la joven marcaba todas las divisiones temporales, empezando por los segundos, y acabando por el signo a que correspondía su época. Luego, una serie de luces multicolores se encendieron con rapidez alternativas.

Vega observó un momento los instrumentos. Las luces aceleraron su rapidez de centelleo, hasta quedar fijas.

Entonces, la muchacha agarró una pequeña palanca y la empujó a fondo, con calculada lentitud.

El panorama empezó a difuminarse. Temblaban los contornos de las cosas. De pronto, se produjo un estallido de negrura.

* * *

La oscuridad desapareció con cierta gradual rapidez. Brilló el Sol y los ojos de Tomás captaron un panorama blanco y verde, principalmente.

Blanco, de las casas. Verde, de la hierba del suelo.

Había también muchos árboles, y flores y un arroyo cercano y el río a lo lejos. Por el cielo, azul, corrían algunas nubes de un blanco resplandeciente.

Vega salió del cronomóvil.

—Hemos llegado —anunció sencillamente—. ¿Qué te parece?

Tomás la siguió en silencio.

Durante unos momentos, contempló el panorama.

Tenía una gran ciudad ante sí, que ocupaba una vasta extensión de terreno. Los edificios, en su mayor parte, eran de reducido tamaño, Tomás calculó que para contener tres o cuatro familias como máximo.

Había grandes construcciones. Debían de ser centros oficiales, administrativos, sanitarios, recreativos... pero estaban separados entre sí y en ningún momento daban la sensación de agobiar con su masa a los demás.

Había caminos de liso pavimento, por los que circulaban vehículos terrestres con moderada velocidad. Puentes elevados salvaban los cruces y se veía gente por todas partes.

El aspecto de la ciudad era sumamente placentero.

—Parece destinada a vacaciones —comentó él.

—Pero también trabajamos —dijo Vega.

— ¿En qué, si puede saberse?

—Oh, hay tantas cosas... Yo estudiaba historia antigua. Quería ser profesora de Universidad. Ejercemos todos los oficios, como en tu época. Métodos distintos, tal vez... pero hay que fabricar vestidos, alimentos, vehículos, libros, aparatos de proyección, medicamentos... Salvo los medios y los procedimientos, y naturalmente, un menor tiempo dedicado al trabajo, la vida del hombre no ha cambiado sustancialmente desde que apareció por primera vez sobre la superficie del planeta.

—Sí, es cierto —contestó Tomás—. Vega, observo que no sale nadie a recibirte.

—Tendremos que ir nosotros al Centro de Viajes Temporales. Se sorprenderán mucho de verme de vuelta, después de dos años de ausencia.

—Y de ver que llegas acompañada —sonrió él.

—Resultarás un tipo interesante —dijo la muchacha.

—Los periodistas se me echarán encima. Ahí es nada, un hombre que viene nada menos que del siglo XXI.

—El salto no es pequeño. Ahora estás en el siglo MCCLXIII. Pero te acostumbrarás pronto a vivir entre nosotros, Tomás, puedes creerme. ¿Vamos?

Había una ligera pendiente en el lugar donde habían aparecido. Sin prisas, empezaron a caminar en dirección a la ciudad.

Capítulo XII

Tomás silbaba alegremente, mientras dejaba correr sobre su musculoso cuerpo el agua de la ducha. Después de cuatro años de vivir como un salvaje, gozaba disfrutando las comodidades de la civilización.

—Lo único malo de esta época es la comida —masculló, mientras se situaba frente al muro secador.

Cientos de diminutos orificios arrojaron sobre él aire caliente, secándolo en pocos momentos. Luego, se puso los pantalones, de un tejido esponjoso y elástico, sumamente suave y de color crema.

Desechó las sandalias. Los callos de la planta del pie le impedirían usar calzado en una buena temporada.

Desnudo de la cintura para arriba, se acercó a un espejo.

— ¿Habrá peluquerías en esta ciudad? —se preguntó.

Lo que sí vio fueron diferentes utensilios de tocador para hombre. Eligió unas tijeras y se recortó la barba a fondo.

Luego se afeitó con una maquinilla eléctrica de nuevo tipo, cuyas cuchillas, girando a elevadísimas velocidades, dejaron su rostro limpio de vello.

—Estas melenas —gruñó.

Como pudo, cortó gran cantidad de pelo. Un aspirador le dejó limpio en pocos instantes.

De nuevo se miró frente al espejo. Después de cuatro años, las mejillas y el mentón aparecían blancos.

—Ya se tostarán —sonrió.

Le habían alojado en un departamento independiente. Un sujeto, que parecía funcionario del municipio, le había enseñado el uso de los aparatos domésticos.

Entre ellos había una dispensadora de alimentos. Tomás tenía hambre.

—Echo de menos las costillas asadas —dijo, al terminar de comer.

Se puso la blusa que completaba su indumentaria. Era del mismo color y en el lado izquierdo tenía su nombre y un grupo de letras y cifras, lo mismo que Vega. Su nuevo «apellido» era ll-NJ-87-50.

Era lo de menos, se dijo. Lo único que le preocupaba era...

—Si me caso y tengo hijos, estos no llevarán mi apellido —murmuró, un tanto disgustado.

Pero era una posibilidad remota. Además, debía acostumbrarse a las normas de vida en el siglo MCCLXIII.

De pronto, llamaron a la puerta.

Salvo el cuarto de baño, todas las habitaciones se comunicaban entre sí por medio de amplios vanos. Prácticamente, todo el departamento era una sola habitación.

— ¡Adelante!

Entró un hombre, con ropas de color azul muy claro.

—Soy Dameed, del Centro de Viajes Temporales —se presentó—. Tengo órdenes de llevarle a presencia del director.

—Con mucho gusto, Dameed —contestó Tomás—. Tendrán deseos de hablar conmigo, supongo.

—Eso creo —dijo Dameed escuetamente y en un tono cortés, pero distante.

Tomás lo advirtió y frunció el ceño.

— ¿Sucede algo? —preguntó.

—No, nada de particular —repuso el otro evasivamente—. ¿Vamos?

—Por supuesto.

Salieron del piso y descendieron a la calle, situada una planta más abajo. Un vehículo esperaba junto a la puerta.

Era parecido a los viejos automóviles que él conocía, con la diferencia de que no usaba ruedas. Simplemente, se movía por antigravedad.

La cabina estaba descubierta. Tomás se sentó junto al piloto.

— ¿Qué hace Vega? —preguntó.

—Está bien —contestó Dameed escuetamente.

Tomás empezó a sentir ciertas aprensiones. El tono de su acompañante no le gustaba nada.

Hacía veinticuatro horas que se había separado de Vega, a poco de su llegada. Desde entonces, no había vuelto a ver a la muchacha, aunque confiaba en reunirse de nuevo con ella.

Dameed condujo el vehículo a pocos centímetros del suelo, por una carretera de suaves curvas, que ascendía sin embargo gradualmente. A los pocos momentos, se detuvieron ante un edificio de atractivos contornos.

—Hemos llegado —dijo Dameed.

Tomás saltó al suelo y siguió a su guía. Ascendieron unas escaleras y entraron en el edificio.

Hombres y mujeres, sin duda personas que trabajaban allí, se cruzaban con ellos y contemplaban con moderada curiosidad al hombre que venía del pasado. Tomás soportó las miradas sin enojarse; era lógico que provocase expectación. Pero en ningún caso aquella curiosidad era morbosa o desaforada.

Un ascensor les llevó varios pisos más arriba. La decoración interna del edificio era de una absoluta simplicidad, que denotaba una total funcionalidad de sus distintas partes, sin perjuicio de una singular elegancia de líneas que causaba un gran placer a la vista al mismo tiempo.

Momentos después, entraban en un despacho, sobriamente amueblado, con dos grandes ventanales circulares en sendos muros, a través de los cuales se divisaba un sorprendente panorama.

Un hombre se puso en pie al verle entrar.

—Bien venido, Tomás —saludó. Hizo un signo con la mano y Dameed se retiró—. Soy Ornaran, director del C.V.T.

—Encantado —contestó el joven.

Ornaran era un hombre de mediana edad y pelo todavía negro. Pero, ¿qué podía considerarse media edad en una época donde los seres humanos rebasaban los dos siglos de existencia? ¿Noventa? ¿Ciento veinte años?

Era un dato sin importancia, pensó Tomás.

—Siéntate —indicó Ornaran.

Había un cómodo sillón frente a la mesa, de audaz diseño y sostenida por una sola y delgada pata, con traza de pedúnculo de flor. Tomás se sentó y Ornaran lo hizo a continuación.

—He esperado un poco para llamarte —dijo Ornaran—. Imaginé que necesitabas no solo descansar, sino reponerte de las emociones del viaje y de los acontecimientos de que has sido protagonista activo en los últimos días.

—No he sido yo el único protagonista —sonrió Tomás.

—Lo sé. Vega ha redactado un informe completo de todo lo que ha hecho en los dos años que ha estado en el pasado. Ahora comprendemos, aunque no de un modo total, las causas de esa perturbación que podría impedir la existencia de esta época.

—Bueno, la población humana fue exterminada en el planeta. Pero supongo que alguien debe de quedar, aunque muy escondido. Al decir alguien me refiero a varias personas, de ambos sexos, naturalmente.

—Según el informe de Vega, tú estuviste solo tres o cuatro años, hasta que te encontraste con ella.

—En efecto, pero eso no quiere decir que no haya más terrestres con vida. El planeta es muy grande y se necesitarían muchísimos más años para recorrerlo y adquirir la total certidumbre de la falta de vida humana.

—Bien, sin embargo, en esos pocos años solo te encontraste con una sola persona. ¿No crees que los posibles otros supervivientes habrían iniciado también viajes de exploración en busca de más congéneres?

Tomás se encogió de hombros.

— ¿Cómo puedo asegurar el comportamiento de otros? ¿Y si tienen miedo y están tan escondidos que no se les puede encontrar? En las guerras pasadas de nuestro planeta han sucedido infinidad de casos como el que digo; muchas personas han estado escondidas larguísimos años por temor a sufrir dono...

Ornaran hizo un signo afirmativo.

—Creo, sinceramente, que no había nadie más que tú en el planeta —dijo —. Nuestros cronomóviles exploradores, no tripulados, llevaban detectores muy sensibles y habrían acabado por captar la presencia de seres humanos.

—Si esos detectores funcionaban a base de calor, te recordaré que hay infinidad de animales de sangre caliente.

—Lo sé —dijo Ornaran—. Pero uno de los detectores de esos cronomóviles capta las emisiones mentales desde gran distancia. Siento decirte que durante sus exploraciones no captaron ninguna de esas emisiones salvo la tuya. Por tanto, afirmo que en esa época no queda vivo ningún ser con inteligencia.

—Bueno, este es un tema cuyo debate no aclarará ya gran cosa. Por muy buenos que sean vuestros cronomóviles exploradores, no he visto todavía ningún aparato hecho por la mano del hombre que no tenga alguna imperfección.

—Es cierto —sonrió Ornaran—. De todas formas, el porcentaje de error es muy remoto. La Tierra está deshabitada en esa época.

Tomás se encogió de hombros

—No puedo evitarlo —dijo.

—Lo sé. Y ahora, Tomás, te daré la noticia que sin duda estás esperando. Me imagino que te habrás preguntado por los motivos de mi llamada.

—Pues... no, la verdad. Creí que querrías conocerme... o preguntarme sobre el estado de mis investigaciones sobre cronomóviles... Imagino que para vosotros debe de resultar interesante saber lo que habíamos averiguado hace doce mil años en este sentido.

—Tal vez —sonrió Ornaran—. Pero eso es algo que compete a los historiadores y yo no soy historiador. Lo que sí hago es procurar que la historia no sufra alteraciones.

—No entiendo —dijo Tomás.

—Es bien sencillo. Lamento tener que comunicarte nuestra decisión de no permitirte la estancia en nuestra época. Hemos de devolverte a la tuya, Tomás.

* * *

Un helado silencio cayó sobre la estancia después de aquellas palabras.

— ¿Vais... a hacerme recorrer el camino a la inversa? —preguntó Tomás al cabo de unos segundos.

Ornaran movió lentamente la cabeza.

—Sí, Tomás —confirmó.

El joven se pasó una mano por la cara.

—Pero... no entiendo. ¿Qué pinto yo allí, solo...?

—No estás allí por accidente, Tomás. Nadie está en un sitio por accidente. Cuando una persona se mueve, bien sea en un plano espacial, bien sea en un plano temporal, aun admitiendo que sus actos procedan de su libre voluntad, siempre hay algo que se llama Providencia, destino o como mejor te parezca, que influye en sus decisiones.

—Dejémonos de filosofías —rezongó Tomás—. Tú adoptas la decisión de devolverme a la época en que me encontrasteis. Es una decisión tomada por tu libre voluntad...

—Pero influida por las circunstancias.

—No me vengas con subterfugios, Ornaran. ¿Qué pasaría si me negase a cumplir esa orden?

—Lamento tener que decirte que te obligaremos a ello —contestó Ornaran.

—Por la fuerza.

—Sí.

—Aquí no usáis armas.

—Tampoco tú las tienes.

De nuevo se hizo otra pausa de silencio.

— ¿Dónde está Vega? —preguntó Tomás de pronto.

—Lamento no poder contestarte —dijo Ornaran sin inmutarse.

—Aprecio a esa chica y creo que ella me aprecia a mí también. Quiero hablar con ella antes de acatar o desobedecer tu orden.

—No tienes posibilidad de elección, Tomás. Tienes que volver a tu época.

—Pero... Bien, repito que quiero ver a Vega.

—No puede ser, no insistas.

— ¿Está en la ciudad?

Ornaran calló un instante.

Luego repuso:

—Lo más que puedo decirte es que estará aquí algún tiempo.

— ¿Y después?

—Se tomó una decisión con ella. Debe ser ejecutada.

— ¡Rayos! ¿Vais a matarla?

Ornaran hizo un signo con la mano.

—Yo me refería a la decisión, no a Vega —aclaró.

—Pero, ¿cuál es esa decisión?

Ornaran calló.

— ¡Vamos, habla! —pidió Tomás, impaciente.

—Debes adivinarla por ti mismo —contestó Ornaran evasivamente.

Y se puso en pie.

Tomás entendió que la entrevista había terminado.

—De veras, Ornaran, ¿no puedo ver a Vega? —insistió, tenazmente.

—No. Lo siento. Vega está ahora en fase de reflexión.

— ¡Que me ahorquen si...! ¿Sobre qué reflexiona, Ornaran?

—Antes te he dicho que se tomó una decisión sobre Vega y que debe ser ejecutada. Pero ella tiene derecho a reflexionar y estará algunos días completamente aislada. Ha de prepararse para el mejor cumplimiento de la decisión que ha recaído sobre ella.

—Te aseguro que no entiendo nada de lo que me has dicho.

— ¿Tampoco entiendes que debes volver a tu época?

—Está bien claro —gruñó Tomás—. ¿Cuándo?

—Muy pronto. Ya se te comunicará oportunamente.

—Está bien, Ornaran, una última pregunta.

—Dime, Tomás.

— ¿Cómo pensáis enviarme al pasado?

—En un cronomóvil no tripulado, de funcionamiento automático. Apenas pongas pie fuera de él, emprenderá el viaje de regreso por sí solo.

—Y me abandonaréis en el pasado, a doce mil años de distancia.

—Justamente, Tomás.

Capítulo XIII

Tomás se paseaba como un león enjaulado por su departamento.

Lo devolvían a su época. De nuevo volvería a encontrarle solo, luchando única y exclusivamente por su supervivencia.

Claro que no tendría enemigos de importancia. Las fieras no ofrecían peligro alguno, a menos que se las molestara, y Tomás había aprendido a no hacerlo.

Pero, solo... ahora que había comprendido el valor de la compañía de un semejante...

Con Vega, la vida en su época no le habría disgustado en absoluto. Lo que quería era evitar la soledad.

Pero no podía impedir que Vega se quedase en su época. Ella había resistido muy bien dos años de soledad y privaciones. En el tiempo en que vivía tenía todos sus problemas resueltos.

Él mismo estaba encantado de vivir en aquella época. Si no quería regresar a la suya, no era por temor a las privaciones, sino a la soledad.

Se preguntó dónde podría estar Vega.

Fase de reflexión, había dicho Ornaran.

—Una especie de retiro espiritual —habló a media voz.

Estaría en algún lugar apartado, de ubicación desconocida para él. Y no conocía tampoco la ciudad ni sus alrededores...

Pero tal vez, se dijo, había un modo de encontrar a Vega.

Era inútil recurrir a los ciudadanos. No podía inducirles a desobedecer órdenes dictadas por, quien, evidentemente podía hacerlo.

Por tanto, todos los esfuerzos debía realizarlos él solo, sin ayuda de nadie. Y, ¿Por dónde empezar las pesquisas para dar con el paradero de Vega?

Había un sitio donde podría conseguirlo: el Centro de Viajes Temporales.

Hacía rato ya que había anochecido. Tomás se asomó a una de las ventanas de su departamento.

Las calles estaban casi completamente desiertas. En aquella ciudad, la gente solía recogerse en sus hogares una vez terminada la jornada de trabajo.

Podía ver algunos transeúntes paseando y también algún que otro autovehículo deslizándose sobre el piso. Pero, en conjunto, la calle estaba más bien vacía.

Resuelto, Tomás se dirigió hacia la puerta del piso y la abrió.

Abrió la boca. Iba a decir «Hola», pero no encontró nadie a quien decírselo.

—Vaya, yo creí que habrían puesto centinelas para evitar que me escapase.

Y luego recordó que en aquella época, las leyes se cumplían por convicción y no por coacción.

Chasqueó los dedos.

—Eso me favorece —murmuró.

Descendió las escaleras saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Tampoco había centinela en la puerta de la casa.

Recordaba bastante bien el camino seguido hasta el C.V.T. Lo malo era que tenía que ir a pie.

Pero durante cuatro años había estado usando un solo vehículo: sus propias piernas. Todavía no había perdido el entrenamiento.

Empezó a caminar con paso resuelto. Calculó que Dameed le había transportado en su vehículo durante unos tres mil quinientos o cuatro mil metros.

Tres cuartos de hora más tarde, avistaba el Centro de Viajes Temporales. La gran plaza que había delante del edificio estaba desierta, aunque brillantemente iluminada.

Avanzó sin detenerse. Entró en el edificio. Había puertas, pero era más bien por comodidad o defensa de la intimidad, y también por las posibles inclemencias del tiempo; pero no por temor a ladrones. En una época en que no se conocían las armas, ¿para qué cerrojos?

Subió al piso donde estaba el despacho de Ornaran. Abrió la puerta.

La estancia se hallaba a oscuras. ¿Cómo se encendían las luces?

Cruzó el umbral. Las luces se encendieron por sí solas.

—Debe de tener un interruptor automático, que funciona solamente durante el período de oscuridad o con un mínimo de luz exterior.

Avanzó hacia la mesa. ¿No encontraría allí ningún indicativo del lugar donde estaba Vega?

Encima de la mesa no había ningún documento. Tal vez todo se hacía ahora a base de registros sonoros e imágenes filmadas.

A la derecha de la mesa, según la posición de su ocupante, divisó varias teclas. Debían de ser interruptores de llamada, intercomunicación, consulta, transmisión de órdenes...

Pulsó el primero. No ocurrió nada.

—El destinatario de la llamada está en casita —calculó.

Apretó el segundo. Un lienzo de la pared cercana se deslizó silenciosamente a un lado y un gran armario surgió fuera cosa de un metro.

Tomás estudió el mueble durante unos segundos.

— ¿Un archivador?

Se acercó al armario. A la altura del pecho divisó un par de teclas y un aparato semejante a un micrófono.

Tomás había pertenecido a una civilización también avanzada

tecnológicamente. Casi en el acto comprendió cómo debía hacer la consulta.

Tomó el micrófono y apretó la primera tecla.

—Información sobre Vega 7 N 4040 —pidió en voz alta, deletreando cuidadosamente las sílabas. Era preciso tener en cuenta las diferencias de lenguaje y el receptor del mensaje debía haber sido construido para captar órdenes pronunciadas según el actual.

Pero la máquina «entendió» la orden.

—Información sobre Vega 7 N4040. Señale la cifra 37-XH-GO077 —contestó una voz que surgía de un invisible altoparlante.

Tomás memorizó la cifra.

— ¿Y dónde diablos marco yo esa cifra? —masculló.

Debía de haber algún teléfono o fonovisor por alguna parte. Regresó a la mesa y pulsó la tercera tecla.

Delante de él apareció un pequeño teclado. Tomás sonrió.

—Parece que la situación se va despejando —comentó alegremente. Y marcó la cifra 37-XH-0Q077.

Esperó unos segundos. Delante de él se encendió una pantalla de televisión.

—Dime, Ornaran —habló Vega. Y, de súbito, reparó en la identidad de su interlocutor—. ¡Tomás! —gritó alborozadamente.

* * *

Tomas avanzó hacia la pantalla, de gran tamaño, situada en la pared opuesta. Vega le lanzó una advertencia:

—Vuelve a tu sitio o no podré verte —exclamó.

—Desde luego —sonrió él, sumamente satisfecho—. Vega, ¿dónde estás? Nos han separado...

Una expresión de tristeza apareció en los ojos de la muchacha.

—Estoy reflexionando, Tomás —contestó.

—Eso ya lo sé, me lo ha dicho Ornaran. ¿Sabes?, me van a separar de ti. Me devuelven a mi época. Vega, yo no quiero volver allí sin ti... y no tengo derecho a exigirte que abandones tu época, en donde no te falta de nada. ¿Por qué no haces algo para que me dejen quedarme contigo?

Vega sonrió dulcemente.

—Tomás, ¿me quieres?

— ¡Sí! —contestó él, casi con un grito.

Acababa de darse cuenta de repente que ya no podría vivir lejos de la muchacha. La perspectiva de quedarse solo en su época era más horrible que nunca, ahora que había descubierto sus sentimientos.

—Yo también te quiero a ti —dijo ella—. Pero...

— ¡No sigas! —cortó Tomás impetuosamente—. Dime dónde estás. Iré a buscarte, te rescataré... ¿Recuerdas? Los hombres de piel azafranada eran muchos y poseían armas fabulosas, pero los derrotamos. Aquí no hay armas...

— Tomás, estoy muy lejos de ti.

—Eso no me importa. Estoy acostumbrado a caminar, a vivir sobre el terreno. Dime dónde estás y te buscaré aunque haya de tardar un año. Vega, te lo ruego...

En aquel momento se abrió la puerta. Seguido de media docena de hombres, Ornaran penetró en el despacho.

—Me lo figuraba —dijo lacónicamente.

Tomás lo miró con expresión de odio.

—Quiero a Vega —declaró—. Ella me ama también. No tenéis derecho a separarnos. ¿O es que aquí los matrimonios son concertados por una máquina?

—Si los interesados eligen ese procedimiento, desde luego —contestó Ornaran—; pero ese no es el tema ahora.

Movió un brazo. Uno de sus acompañantes se acercó a la mesa.

Tomás adivinó lo que iba a suceder.

—Iré a buscarte, Vega —gritó, un segundo antes que la pantalla se apagara.

Ella agitó la mano en señal de despedida. Un instante después, había desaparecido de su vista.

—No impediréis que vaya a buscarla, esté donde esté —dijo Tomás ceñudamente.

—Lo siento —contestó Ornaran sin inmutarse—. La orden ha de cumplirse. Debes volver a tu época.

—En mis tiempos, esto se llamaba xenofobia —dijo Tomás—. Odio al extranjero. Y yo soy un extranjero en vuestro tiempo, ¿no es así?

—Tomás —habló Ornaran con lentitud—, nos gustaría que no resistieras. Eres fuerte y estás acostumbrado a pelear, cosa que no sucede con nosotros. Pero inevitablemente, acabarías por ser derrotado.

—Creo que podría deshacerme de vosotros seis —dijo él desdeñosamente.

—Es posible, pero no de dos o tres centenares de personas. ¡Mira a través de la ventana!

Tomás vaciló un momento. Luego se acercó a uno de los grandes ventanales circulares que daban a la plaza.

Estaba casi llena de gente, hombres en su inmensa mayoría. La multitud permanecía en silencio, pero solo se veían rostros hoscos y ceñudos.

— ¿Puedes vencer a todos esos? —preguntó Ornaran.

Tomás advirtió que más hombres se agregaban a la muchedumbre, confluyendo desde diversos ángulos.

La derrota era inevitable.

Lo llevarían en volandas hasta la máquina, incluso con un hueso roto. O descalabrado... y regresar a doce mil años antes, hecho trizas por un bárbaro apaleamiento, era cosa que no le agradaba, pues no podría curarse por sí solo.

— ¿Vamos? —dijo Ornaran.

Tomás miró al individuo en medio de un helado silencio.

—Vega me habló de las excelencias de esta civilización —dijo al fin—,

pero veo que eso no reza para los demás. Sois tan egoístas y faltos de compasión como los hombres de la peor época del planeta.

—Tal vez algún día comprendas por qué te devolvemos a tu época —contestó Ornaran—. Por favor...

Tomás echó a andar hacia adelante.

Momentos después, se hallaba en la puerta del edificio.

— ¡Vuelve a tu época! —gritó uno. Y los demás corearon su grito estruendosamente.

Un vehículo esperaba a la puerta. Ornaran embarcó en él junto con Tomás y dos acompañantes. Varios vehículos más, todos llenos de gente, estaban aguardando.

—No tengo escapatoria posible —dijo Tomás desesperado.

El vehículo arrancó. Tomás cruzó los brazos.

Había sido un bello sueño, que había durado muy pocas horas, menos de dos días. No temía a las privaciones ni a las incomodidades: temía a la soledad.

Y su soledad sería ahora mil veces más agobiante, sobre todo después de haber descubierto que amaba a Vega.

Salieron de la ciudad. Tomás se dio cuenta de que se dirigían al lugar donde habían llegado él y Vega.

El cronomóvil ya estaba dispuesto. Ornaran detuvo al vehículo y saltó al suelo.

—Entra y siéntate —indicó—. No tienes que manejar ningún instrumento. El cronomóvil funcionará automáticamente apenas se cierre la portezuela.

—Ornaran, puede que me cueste cien años, pero me construiré un cronomóvil. Entonces vendré a machacarte las narices —prometió el joven.

—Algún día comprenderás —insistió Ornaran—. Entra.

Tomás se dirigió hacia el vehículo. Cruzó la escotilla y se sentó en el sillón.

La portezuela se cerró suavemente. Segundos después, Tomás era lanzado hacia el pasado.

Capítulo XIV

Hubo una explosión de luz cegadora. Una fuerza invisible arrojó a Tomás al suelo, por el que rodó un par de veces, antes de detenerse.

Una luz vivísima le deslumbró. Mantuvo los ojos cerrados unos momentos, hasta acostumbrar las retinas al resplandor. Entonces se sentó en el suelo.

Abrió la boca, estupefacto. ¿Adónde había ido a parar?

Aquello no era el campo ni mucho menos. Tomás creyó volverse loco.

— ¿He soñado? —se preguntó.

Estaba en una vasta habitación semisubterránea, con todo el aspecto de un laboratorio científico. Tomás se cogió la cabeza con las manos.

Se puso en pie. Creía volverse loco.

Había estado soñando.

Vega, los hombres de piel azafranada, Xephus, Dameed, Ornaran, los cronomóviles...

Todo había sido un sueño.

Sí, allí estaba la máquina de traslación temporal en la que él trabajaba. Sin duda, había sufrido una descarga eléctrica que le había dejado sin conocimiento durante un buen rato.

Y mientras estaba desmayado, había tenido aquel extraordinario sueño.

¿Qué hacer? ¿Reanudar el trabajo o tomarse unos días de descanso?

—Lástima —suspiró—. Vega era tan hermosa...

Se había enamorado de un imposible. Y no había lanzado nunca un venablo ni había disparado jamás una flecha.

Vega no existía, en una palabra.

Sentíase ligeramente aturdido.

—Sí, me iré unos días de vacaciones —decidió al cabo—. Dejaré una nota para el profesor y...

Súbitamente vio algo que le heló la sangre en las venas.

Era un simple calendario de pared.

Empezó a temblar convulsivamente. Todo dio vueltas a su alrededor, pero hizo un esfuerzo y se serenó.

El año que señalaba el calendario era el 2098.

Bajó la vista. Se miró las ropas.

Su indumentaria no era la que llevaba el año 2094.

¿Y las encallecidas plantas de los pies, que llevaba descalzos?

Apoyó una mano en la pared. Creía que iba a caerse redondo al suelo.

De súbito, se abrió la puerta del laboratorio y dos personas entraron precipitadamente.

— ¡Tomás! —gritaron el profesor Velázquez y su esposa al unísono.

—Profesor... Señora... —balbuceó Tomás.

—Pero, ¿dónde se ha metido todo este tiempo? —inquirió Velázquez.

—Cuatro años sin noticias tuyas, muchacho —se escandalizó la esposa del profesor.

Tomás miró a los dos alternativamente.

—Pero... ¿es que no se imaginan dónde he estado? ¿Es que no ven mis ropajes?

El profesor Velázquez se puso súbitamente serio.

—Tomás, no me digas que hiciste funcionar el cronomóvil —dijo.

—Así es, profesor, por difícil que pueda parecer...

Velázquez meneó la cabeza.

—No, no me parece difícil ni extraño. Ahora comprendo lo que...

—Juan —dijo la señora Velázquez—, ¿por qué no somos prácticos? Tengo la sensación de que Tomás necesita ahora comer más que cualquier otra cosa, ¿no es así? Vamos arriba, al salón. Le prepararé algo y mientras podréis hablar los dos sin preocupaciones ni prisas de ninguna clase.

* * *

—Entonces, ¿no se produjo la invasión que anunciaban? — preguntó Tomás.

—No. Hubo arreglo. Parte de diálogo... y parte de algo que se llama enseñar los dientes —sonrió el profesor.

Tomás se quedó meditabundo un momento.

—De modo que no hubo invasión —murmuró—. Pero yo he estado en un mundo totalmente desierto de seres humanos.

—Que algo ocurrió es indudable —dijo el profesor—. Y, como dije antes y no me dejó seguir Manuela, ahora comprendo por qué el cronomóvil señalaba la fecha del año dos mil quinientos veintinueve. Tomás, tú no sobreviviste al bombardeo de los presuntos atacantes del planeta, como llegaste a creer, sino que la máquina te trasladó a quinientos años en el futuro.

El joven se pegó una palmada en la frente.

— ¡Ya está! —dijo.

— ¿Qué es lo que ya está? —preguntó el profesor.

—Lo que me dijo Ornaran. «Te devuelvo a tu época». Y yo, maldito idiota, creía que se refería a ese año que ha citado usted, que es cuando me encontró Vega.

—Explícate, Tomás, por favor.

—Yo fui trasladado al año dos mil quinientos veintinueve y permanecí hasta el dos mil quinientos treinta y tres, que es cuando encontré a Vega. Pero ella llegó dos años antes, es decir, en el dos mil quinientos treinta y uno.

—Sí, así ha tenido que ser —concordó el profesor.

La señora Velázquez entró en aquel momento con una gran bandeja en las manos.

—Puré de patatas, filetes sangrantes, cebollas tiernas, crema, fruta, tarta,

café... y luego cigarros y licores —anunció, sonriente.

Tomás contempló el contenido de la bandeja con la avidez de un lobo hambriento.

—La verdad, vivir dentro de doce mil años, comiendo pastillas... ¡Oh, bruto de mí! —gritó de pronto, ante el pasmo de los dos esposos.

— ¿Qué le pasa ahora, Tomás? —preguntó la señora Velázquez.

—Simplemente, que su esposo tiene a un tonto por ayudante —contestó el joven—. Vega dijo que venía de unos doce mil años en el futuro. Incluso me citó el año exacto, pero yo no supe darme cuenta de la discordancia en las fechas.

—Estabas seguro de que la humanidad había perecido —dijo el profesor.

—Sí, y esa creencia influyó siempre en mi subconsciente. Pero también carecía de calendarios... En una cifra de años tan grande, ¿a quién se le iba a ocurrir puntualizar las fechas con toda exactitud? Si yo creía que todos los seres humanos habían muerto, ¿qué más me daban quinientos años más o menos? Cinco siglos, en mil doscientos, poco me importaban.

—Justamente, Tomás. Pero vamos, no dejes que se enfríe la cena.

El joven atacó el primer plato con gran apetito. La señora Velázquez se sonreía viéndole comer.

— ¿Ha hecho usted funcionar su cronomóvil, profesor? —preguntó Tomás entre bocado y bocado.

—Sí, por cierto que no me he atrevido a hacer largas excursiones. Un centenar de años adelante y atrás y durante cortos espacios de tiempo.

—Tendría que haber visto el cronomóvil de Vega. ¡Es una maravilla!

—Me lo imagino. Pero en la segunda etapa de la civilización humana, han transcurrido doce mil años. Hay una gran diferencia, aunque existen seres humanos desde hace uno o dos millones de años.

—A mí hay algo que no me cabe en la cabeza —terció la señora Velázquez —. Si hay gente en el siglo MCCLXIII, ¿de dónde ha salido? Porque tú Tomás, no encontraste a nadie en el año dos mil quinientos veintinueve... y así estuviste cuatro años, hasta que apareció Vega.

Tomás frunció el ceño.

—Quizá otra invasión, que sí se llevó a cabo —apuntó.

Tomás continuó cenando, mientras procuraba pensar en algunas cosas que todavía no comprendía.

Cuando tomaba el café, dijo:

—Profesor, se me ha ocurrido una idea.

— ¿Sí, Tomás?

—Tengo que averiguar lo que ha pasado —exclamó el joven—. Todo signo de vida humana ha desaparecido en el año dos mil quinientos veintinueve. No queda rastro de ciudades ni de edificios ni la menor huella de la actividad humana.

—Es indudable que algún cataclismo barrió la vida humana del planeta — convino el profesor—. Sería interesante saber qué ocurrió, para poder

prevenirlo en el futuro.

Tomás meneó la cabeza.

—No, profesor —dijo—. He averiguado una cosa muy interesante y es que el cronomóvil permite los viajes por el tiempo, pero no se deben interferir los sucesos que se produzcan. Si está establecido que ese cataclismo se produzca, habrá que dejar que ocurra. Pero podemos observarlo, sin intervenir.

—Sería interesante, en efecto —convino el profesor.

Tomás se dispuso a encender un cigarro, pero lo dejó a un lado.

—No —dijo—; ya he perdido la costumbre.

Se puso en pie.

—Profesor, quiero explorar el tiempo lo antes posible —exclamó.

—Muy bien, vamos allá —accedió Velázquez—. Lo que no comprendo es cómo el cronomóvil volvió sin ti al laboratorio.

—Hay una posible explicación, y es una colisión con uno de los cronomóviles no tripulados que enviaba Ornaran para explorar la época desierta del planeta. A ellos les preocupaba, porque podía influir en su futuro, ¿comprende?

—Y tú te encontraste entre medio y al choque, saliste rebotado fuera del aparato, que volvió a su tiempo.

—Justamente —contestó Tomás—. Yo salí despedido al año dos mil quinientos veintinue... pero ahora interesa que exploremos épocas anteriores.

—Lo haremos —dijo el profesor con voz resuelta.

Capítulo XV

El cronomóvil se desplazó al año 2529.

Tomás y el profesor viajaban en su interior. Tomás encontró la tierra tal como la había hallado en su primer viaje temporal.

A partir de aquí, empezaron a retroceder. Volvieron atrás, año por año, tenaz, pacientemente, sin perder el ánimo.

Cuarenta años más atrás, en el 2489, vieron los primeros indicios de la catástrofe.

Los animales escaseaban. Había grandes claros en la vegetación.

—En cuarenta años, los seres vivos y los vegetales se propagarán libremente en gran número —dijo el profesor—. Habrá lugares con selvas vírgenes y zonas templadas con la vegetación propia del lugar. En cuanto a los animales, ellos, de por sí, una vez hayan alcanzado un número suficiente, iniciarán lo que se llama el equilibrio de las especies.

—La eliminación de un número excesivo de seres vivos, que pueda poner en peligro a los demás, ¿no?

—Justamente. Cuando haya un número excesivo en una especie animal, una epidemia los diezmará. Los animales carnívoros necesitarán alimentarse y comerán principalmente presas viejas y enfermas, como ha sucedido siempre. La ecología adquirirá por sí un equilibrio natural, sin intervención de la mano del hombre.

—Esa intervención ha sido siempre funesta —dijo Tomás—. Algunas especies ya no vivirán. Habían desaparecido hacía muchos años.

—Pero otras, en trance de extinción, volverán a propagarse.

Un año más atrás, la vegetación y los animales eran todavía más escasos.

Finalmente, alcanzaron una época en que los animales eran rarísimos y la Tierra parecía un erial.

—Nos acercamos a la catástrofe —dijo Tomás.

—Convendría investigar sus orígenes —sugirió el profesor.

—Pero sin intromisiones perniciosas.

Continuaron retrocediendo. De pronto, vieron a lo lejos una altísima columna de humo.

Delante de ellos, un enorme edificio se convirtió en polvillo cósmico. Vieron a la gente huir y correr aterrorizada y llover sobre los fugitivos algo que parecía fuego celeste.

Espesas bandadas de astronaves devastaban el planeta. Oscurecían el cielo.

La destrucción era total. Aquellos misteriosos rayos convertían en polvo

incluso el hierro y los metales.

Las personas se volatizaban, convirtiéndose en humo. Era como una gigantesca escoba que barriese cuanto encontraba a su paso.

—Solo atacan a los seres inteligentes, pero, claro, no pueden evitar matar también a muchos animales. Y los bosques arden por todas partes...

Retrocedieron un poco más. La devastación era horrible.

El viento trajo hasta el cronomóvil un papel revoloteando.

Tomás y el profesor, por precaución, no salían del aparato. Así quedaban protegidos por su propia dimensión temporal.

El papel era de la primera página de un periódico.

Los titulares eran enormes:

> ¡ERROR INMENSO DEL GOBIERNO TERRESTRE!
>
> Al provocar insensatamente a los habitantes de Sirio IV, creyendo derrotarlos fácilmente, solo hemos conseguido alzar en armas a toda la Liga de Sistemas aliados de dicho planeta y arrojarlos en masa contra el nuestro...

—Alguien se creyó invencible, como ha pasado más de una vez con los terrestres, y ahora el pueblo está pagando las consecuencias —dijo Velázquez en tono quejumbroso.

—Ya sabemos lo que ocurrió —dijo Tomás—. Y no podemos evitarlo, porque, sin duda, estaba escrito que sucedería. Volvamos a nuestra época, profesor.

—Sí, Tomás —suspiró Velázquez con aire de resignación. Consultó la fecha—. El cataclismo se producirá en el año dos mil cuatrocientos ochenta y uno.

—Hasta el quinientos veintinueve, son cuarenta y ocho años. El planeta se habrá recobrado por sí mismo de la devastación.

—Pero habrá quedado sin seres humanos vivos.

Tomás calló.

Si la Tierra estaba poblada nuevamente en el año 12.627, ¿de dónde habían venido aquellos habitantes?

* * *

Cierto día, unas dos semanas después de aquel viaje temporal, el profesor Velásquez entró en el despacho en donde Tomás escribía unos apuntes.

—Tomás, tengo que decirle algo —manifestó el profesor.

Su rostro era inusitadamente grave, advirtió Tomás en el acto.

— ¿Qué sucede, profesor? —preguntó.

—Verás, acabo de hacer un viaje al futuro... No muy lejos, solo a unos días de distancia. He visto a mi esposa hablando con unos policías.

— ¿Ocurrirá algo malo, profesor?

—No lo sé. Si fuera otro, me callaría... pero debo advertirle lealmente, Tomás. Esos policías estaban haciendo una investigación referente a usted.

— ¿Qué? Profesor, no me anuncie que voy a cometer un crimen — respingó el joven.

—Nada de eso. Andan indagando su paradero. Le dan por desaparecido, ¿comprende?

Tomás se quedó callado.

Iba a desaparecer. Pero ¿cómo?

¿Ahogado en el río? ¿Ocultando su personalidad?

—Es una investigación de rutina —dijo Velázquez—. Preguntaban a mi esposa... bueno, le preguntarán si sabe algo de usted. Manuela les responderá que hace algunas semanas que no viene al trabajo. Yo estaré ausente en una convención...

—Desaparecer —murmuró el joven—. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió el profesor—. ¿Quiere hacer usted mismo el viaje a ver qué es lo que puede suceder?

Tomás reflexionó unos momentos.

—Voy a desaparecer —dijo al cabo—. Y no regresaré jamás a mi tiempo, profesor.

Velázquez pegó un salto en el asiento.

— ¿Qué está diciendo, muchacho?

Tomás se puso en pie lentamente.

—Mucho me ha costado, pero ahora lo veo todo claro —dijo con el rostro iluminado por una rara expresión—. Lo siento, profesor, pero se ha quedado usted sin su ayudante.

—Tomás...

El joven se dirigió hacia la puerta.

Desde allí se volvió y miró a Velázquez.

—Debo cumplir una misión, profesor —anunció solemnemente—. Dígale adiós en mi nombre a su esposa. En cuanto a usted... Jamás encontraré otra persona tan bondadosa y comprensiva... salvo una, que tal vez me esté esperando ya en el futuro.

Velázquez movió la cabeza arriba y abajo varias veces.

—Sí, yo también entiendo ahora —dijo—. Tomás, le deseo mucha suerte. ¿Quiere llevarse algo de aquí?

—No. Debemos empezar con las manos vacías. Solo me llevo los conocimientos que poseo; es suficiente. ¡Adiós, profesor!

* * *

El bosque estaba sumido en un completo silencio. Tomás, armado de arcos y flechas, se detuvo y aspiró el aire, venteando como un sabueso.

Un agradable olorcillo a carne asada llegó a su pituitaria.

Avanzó paso a paso, conteniendo difícilmente los latidos de su corazón. Llegó a un claro y divisó una figura conocida, arrodillada junto a una hoguera.

Dio cuatro o cinco pasos. Vega le oyó.

Se volvió. Le miró sonriendo, con los ojos húmedos.

—Acércate, Tomás —dijo.

El joven llegó junto a la hoguera. Se arrodilló, sentándose sobre sus talones.

—Has tardado mucho —dijo Vega, con voz de suave reproche.

—Soy un zoquete. Me ha costado mucho comprender.

—Pero ahora ya estás aquí.

—Sí.

—Y conoces cuál es la perturbación que amenaza extinguir la vida humana en el planeta.

—En efecto.

Ella le entregó un trozo de carne asada.

—He encontrado un lugar en donde abunda la arcilla —dijo en tono natural—. Tendremos que aprender a cocer cacharros de barro.

—Tendremos que hacer tantas cosas —suspiró él.

Probó la carne.

—Está muy buena —elogió.

—Voy aprendiendo —sonrió ella.

—Vega —dijo Tomás pasado un rato—, ahora comprendo muchas cosas que Ornaran no quiso explicarme.

—En todo acto humano debe existir un principio de libertad propia —contestó la muchacha—. Tal vez, si él te lo hubiera explicado todo detalladamente, te habrías negado a cumplir la misión que te aguarda aquí.

—Quizá. Y también comprendo lo que dijo Xephus acerca de la necesidad de la existencia de seres humanos para la propagación de la especie. En cambio, lo que no entiendo es lo que Ornaran llamaba tu fase de reflexión.

—Yo había pasado dos años aquí, hasta que te encontré. Volví a mi época. Ya sabía la clase de vida que encontraría en este tiempo. Ornaran me dijo que yo era la persona más indicada para llevar a cabo la misión de anular la perturbación que podía poner en peligro la existencia de la humanidad.

—Sí. ¿Qué más?

—Bien, una vez conocido el género de vida que me aguardaba, debía expresar libremente mi voluntad. No podía volver aquí de una manera forzada.

—Pero has vuelto, Vega.

— ¿Y tú? ¿Te han obligado a volver?

—No, he venido voluntariamente.

— ¿Lo ves? Nos encontramos antes una vez. Debíamos encontrarnos de nuevo.

—Y ahora, para no separarnos jamás.

—Sí, Tomás.

Terminaron de comer. Ella se puso en pie, alta, esbelta, suelta la frondosa cabellera de oscuros reflejos.

Sonrió.

—Tomás, nos esperan muchas dificultades —dijo.

—Sabremos vencerlas —aseguró él.

Cogió la mano de la muchacha. Ella le miró al fondo de los ojos.

— ¿Vamos, Tomás?

Echaron a andar. Se oían cantos de pájaros en los árboles.

Un poco más allá, vieron una leona retozando con sus cachorros. En lo alto, planeaba un águila buscando tal vez su presa.

Salieron a un sitio despejado. Un hermoso panorama se presentaba ante sus ojos.

Una paz idílica invadía el ambiente. El Sol lanzaba sus últimos rayos en el horizonte.

Tomás pensó que él y Vega habían llegado a su Paraíso, el segundo Edén que sería la cuna de la nueva humanidad.

Pasó el brazo por los hombros de la muchacha. Vega reclinó la cabeza en su pecho.

El futuro de la raza estaba ante ellos, en aquel nuevo Edén.

FIN

Próximo número:

PUDO HABER SIDO ASI

Peter Kapra

El futuro de la humanidad
y el del planeta Tierra
puede tomar, en cualquier momento,
una dirección cualquiera.
Siendo así, el pasado pudo también
haber sido muy distinto.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



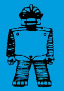
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

